

EDICIÓN DE TEXTOS

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Singularités du Nicaragua*, traducción al francés de Henri Ternaux Compans, edición de Louise Bénat-Tachot, Paris, Editions Chandeigne - Librairie Portugaise, 2002, 360 pp.; ilustraciones en blanco y negro, cuaderno con ocho ilustraciones en color.

Este bello volumen de la editora Chandeigne contiene la traducción que Henri Ternaux-Compans, diplomático y bibliófilo francés, hizo en 1840 del libro XLII de la Historia General y Natural de las Indias, de Oviedo. Un libro dedicado por entero a Nicaragua, donde el cronista consigna la parte más importante de su experiencia directa en tierras americanas.

El estudio preliminar de Louise Bénat-Tachot, maître de conférence en la universidad de Marne-la-Vallée, incluye una reseña de la vida y obras de Oviedo y sitúa la presente edición dentro de su bibliografía. Compensando la segregación de un único libro, remite a las informaciones sobre Nicaragua repartidas en otros volúmenes de la Historia General, y en parte las sintetiza. Numerosas notas restituyen las variantes y los comentarios de las sucesivas ediciones, exponiendo lecturas divergentes o erróneas, o, en el caso de Ternaux-Compans, algunos cortes que se ensañan con la crudeza sexual del lenguaje del XVI, o con los vuelos comparativos del humanista. Al hilo de esta estratigrafía, se ofrecen algunas pinceladas sobre los distintos proyectos editoriales de la obra, desde el Sumario organizado por el propio Oviedo hasta el de Pérez de Tudela en 1959.

Como dato inédito, se ofrecen las ilustraciones de mano de Oviedo —o más exactamente, las que figuran en la copia más directa conservada— que en la edición de 1851 de Amador de los Ríos fueron substituidas por los grabados de Federico Craus. Craus tradujo los dibujos originales a lo que en el momento se podía entender como un lenguaje pictórico realista. A este opone Bénat-Tachot, muy pertinentemente, el realismo propio de Oviedo, que, pese a la factura rudimentaria, se detiene en los detalles técnicos del *volador* o de las construcciones de un poblado indígena, y que al tratar de los volcanes —tema de uno de los capítulos más notables del libro— los dibuja no como fantasmas aterradores sino poblados de huellas humanas, caminos y comentarios. Los dibujos de Oviedo no son retratos o visiones, sino mapas, al servicio de una empresa imperial de la que, ya se ha dicho suficientemente, él fue uno de los principales formuladores.

Editar por separado uno de los libros de la monumental obra de Oviedo, en una colección que reúne joyas menores de la literatura de viajes del humanismo, puede servir para acercar al cronista a un público más amplio que el de sus lectores habituales. Para estos, los estudiosos de la bibliografía americana del XVI, que ya cuentan con ediciones integrales de la Historia General, presenta las contadas novedades antes enumeradas. Tiene entretanto la virtud de subrayar aspectos que en una edición completa desaparecen fácilmente bajo del peso de la recopilación y de la doctrina imperial. En el libro XLII Oviedo habla como testi-

go directo, y, digámoslo así, como etnógrafo incurso en todas las ambigüedades de la etnografía. Con el apoyo de las notas de Bénat-Tachot nos encontramos con un Oviedo enemigo del atroz Pedrarias, pero bien situado en sus redes políticas y económicas; denunciador de las infames correrías que en pocos años asolan irrecuperablemente el territorio de Nicaragua —fuente de esclavos para el Perú— pero al mismo tiempo partícipe de ellas, como eventual mercader y como marcador oficial de esclavos. Oviedo, que al lado de sus crónicas americanas escribió genealogías reales, tratados de heráldica e incluso una novela de caballerías, soñaba con una colonización aristocrática regida por las órdenes militares, y fue un decidido adversario de Las Casas, que propugnó con más elocuencia una empresa simétrica, e igualmente fracasada. Su visión del mundo indígena es fiel a esa enemiga. En sus páginas puede espigarse una buena antología del insulto y de la satanización del indio. También, tal vez, de la mala fe: cuando los indios se ven autorizados a retirar de la plaza los restos ya putrefactos de dieciocho caciques que Pedrarias había hecho destrozarse por sus perros, Oviedo afirma sin pestañear que lo hacen con la intención de devorarlos. Es ese mismo Oviedo, siempre fascinado por la aristocracia, quien capta, en cinco páginas minimalistas, en los gestos cotidianos y pausados de un mediodía en el bohío de Tezoatega, todo un universo jerárquico hecho de palo y palma en torno de la figura majestuosa del viejo y desnudo señor Agateite; o quien, en un registro muy diferente, pinta muy al vivo su miedo ante la violencia de un areito; quien, en suma, nos presenta una versión menor pero no menos brillante de la civilización nahuatl que se extendía hasta entonces por buena parte de la América media. Si de las ambigüedades de la etnografía se trata, nunca está de más recordar esa vieja paradoja de que los indios descritos por los detractores de los indios sean, con tanta frecuencia, más reales y dignos que los indios de sus apologetas.

Entre una y otra frase de oprobio burocrático de la barbarie indígena, Oviedo hace elogios al republicanismo senatorial de los nicaragüenses, cuyos ancianos eligen al capitán general para la guerra, lo substituyen si muere, o los matan ellos mismos si se hace peligroso para la república —una buena costumbre, dice, que los españoles han eliminado en bien de un régimen de caciques permanentes, más adecuado a sus intereses. Describe las diferencias entre los estatutos de la mujer entre los nicaraos y los chorotegas, se admira de sus tocados, y relata con detalle modalidades divergentes de matrimonio; o la regulación de los mercados, cerrados a los hombres del lugar, y reservados a las mujeres y los extranjeros. En un breve tratado sobre el cacao, expone en antifona las técnicas de su cultivo y su preparación y sus valores políticos, el precio en almendras de cacao de un esclavo o de una prostituta junto a sus virtudes terapéuticas o su uso en la pintura corporal; su papel central en la cultura indígena y la rapidez con que blancos y negros pasan a integrarlo en la suya.

Pero al margen de esas y otras muchas informaciones, notables en sí mismas y más aún en virtud de una devastación que las convirtió pronto en fuentes insustituibles, lo que más vale en el texto de Oviedo es su retrato de un momento muy peculiar, en que el mundo indígena ha recibido el golpe mortal pero se mantiene aún entero y en pie, y en que la explotación de las nuevas conquistas oscila aún entre la barbarie rutinaria y la quimera: uno de los pasajes más famosos del libro cuenta las aventuras de un dominico que, en sociedad con otros españoles, desciende al cráter del Masaya en busca de fortuna, convencido de que la lava sólo puede estar compuesta de metales preciosos.

El libro XLII de la Historia General dedica más de un quinto de su extensión a la encuesta realizada por el mercedario Francisco de Bobadilla sobre el estado de la evangelización de los indios nicaragüenses. Esa investigación se realizó en el contexto de las sangrien-

tas pendencias entre conquistadores, en que resultaba oportuno demostrar ante el emperador que las cristianizaciones en masa pregonadas por los adversarios no pasaban de inocuas lluvias de agua bendita. El mercedario muestra sin esfuerzo que los neófitos no recuerdan ni siquiera el nombre con el que fueron bautizados, que siguen atribuyendo el origen del universo a dioses duales y que tienen ideas nada cristianas sobre el destino del alma en el más allá. Coronando la operación, bautiza más de cincuenta mil indios en seis meses, arrasa templos y siembra cruces. En el texto, queda con la última palabra Oviedo, que no ahorra ironías, y hace comentarios sabrosos acerca de los padrinos de tales bautismos, como aquel que, vestido de moro durante una fiesta, propone a las damas que se hagan musulmanas, porque la fe de Mahoma es la única verdadera. Vale la pena leer la encuesta de Bobadilla junto con otros diálogos semejantes entre misioneros y potenciales rebaños, o en contraste con el más famoso de todos ellos, el Coloquio de los Sabios habitualmente asociado a Sahagún. Aquí, en lugar de la dialéctica leonina pero impoluta del Coloquio, encontramos en juego interlocutores verosímiles, es decir, parcialmente sordos: el fraile intenta refutar los mitos de creación con argumentos racionalistas; los indios a menudo se sorprenden de las preguntas, se niegan a responderlas o a bautizarse o, en algún caso, justifican esta negativa explicando llanamente que sólo los caciques tienen algún interés en ello.

Hay que reconocerlo: en otra lengua, la crónica castiza dice otras cosas. En francés, Oviedo, tan opuesto por vida, patria, estilo y empresas al señor de Montaigne, no deja de recordárnoslo más de lo que debiera.

Oscar CALAVIA
Universidad de Florianópolis (Brasil)

RESINES, Luis (ed), *Catecismo del Sacramonte y Doctrina Cristiana de Fr. Pedro de Feria. Conversión y evangelización de moriscos e indios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Col. Corpus Hispanorum de Pace, 2ª serie, vol. 10), 2002, 406 pp.

Contra lo que a primera vista pueda creer el no especializado en la materia, el presente volumen no habla de un Catecismo y de una Doctrina del dominico Pedro de Feria sino del denominado *Catecismo del Sacromonte de Granada* y de la *Doctrina en lengua castellana y zapoteca* del dominico acabado citar.

Como explica el autor, especialista en el campo de catequética histórica, en el que por ello goza de una acreditada autoridad, el primero es un catecismo anónimo y sin fecha, que ocupa los folios 1r a 149v de un manuscrito existente en la abadía del Sacromonte de Granada y que Luis Resines atribuye fundadamente a un jesuita no identificado que lo elaboró en 1588.

La *Doctrina* de Pedro de Feria es una obra perteneciente a la larga lista de catecismos extensos o explicativos, es decir, no reducidos a la escueta brevedad de preguntas y respuestas, elaborados en América, editada en México en 1567, pero de que la que se conservan pocos ejemplares.

Se trata por lo mismo de dos catecismos prácticamente contemporáneos aunque muy alejados geográficamente, consistentes ambos en la exposición de la doctrina cristiana

con el objetivo de convertir al cristianismo a sus destinatarios, es decir (como se especifica en el subtítulo del volumen), a los moriscos de Granada en el caso del primero y a los indios zapotecas de Nueva España en el segundo.

Este enfoque simultáneo de dos etnias tan alejadas y tan distintas entre sí e incluso esta asimilación en su proceso de conversión no son un capricho del autor sino que constituyen un hecho que ya se dio en el propio siglo XVI.

En este sentido, el dominico Miguel de Arcos consideró aceptable en 1551 un proyecto del arzobispo de México, pero sólo en el caso de que los «indios vivieran en nuestro Reino de Granada». Un franciscano anónimo rechazaba en 1556 otro proyecto que se quería implantar en Nueva España porque en ese caso la cristiandad de los indios «sería peor que la de los moriscos de Granada». El jesuita Bartolomé Hernández escribía en Lima en 1572 que el cristianismo de los indios dejaba tanto de desear como el de los moriscos de Granada. El jesuita José de Acosta calificó en 1589 de tan lamentable el cristianismo de los indios del Perú como el de los moriscos granadinos.

Sobre esta base, aunque no insista en ella, Resines comienza abordando, a modo de introducción, el difícil problema de la conversión personal y de las conversiones colectivas, para luego exponer el problema religioso-político de los moriscos desde 1500 hasta 1609 y sintetizar de una manera general el de los indios americanos.

Acto seguido, adentrándose ya más directamente en su tema, estudia el papel de los catecismos del siglo XVI en la conversión, capítulo en el que, además de inteligentes y valiosísimas observaciones sobre este tipo de obras, incluye una breve descripción de los que ha utilizado para su estudio: seis referentes a los moriscos y siete a los indios americanos, aspecto que enriquece a continuación con un detallado análisis del catecismo del Sacromonte y de la Doctrina cristiana de Pedro de Feria.

Llegado este punto, emprende la tan difícil como interesante y original tarea de conjeturar entre sí a ambos catecismos extractando, primero, las diez semejanzas que observa en ellos y , luego, las nueve diferencias, unas y otras refrendadas por la inserción en cada una de ellas del pasaje literal que considera más apropiado para cada caso, sin que falten tampoco abundantes citas de otros autores, sobre todo americanos, a los que el propio Resines dedicó una monografía en 1992.

Las semejanzas son : 1) «Las religiones no cristianas proceden del diablo»; 2) «La idolatría y los ídolos»; 3) Sólo el cristianismo ofrece la salvación»; 4) «Necesidad del bautismo»; 5) «La verdad está en la Iglesia»; 6) «Conversiones falsas o sospechosas»; 7) «Son cristianos nuevos»; 8) «La suerte de los antepasados»; 9) «El problema de las imágenes»; 10) «La poligamia y las sodomía»; 11) «Dificultades sentidas ante el cristianismo».

Las diferencias son ; 1) «Proximidad o lejanía» respectivas»; 2) «Conocimiento o desconocimiento del cristianismo»; 3) «Oportunidades únicas o repetidas»; 4) «Monoteísmo frente a idolatría»; 5) «Abandono de los ritos de la religión anterior»; 6) Cultura a erradicar o con la que dialogar»; 7) «Postura anticoránica»; 8) «Referencias a Mahoma»; 9) Jesús, desconocido o conocido».

Este estudio, tan magistral y lleno de novedad, se clausura con la utilísima transcripción en grafía original del Catecismo del Sacromonte de Granada (lo que en este caso constituye su primera edición) y de la Doctrina ya anteriormente editada de Pedro de Feria.

Pedro BORGES
Universidad Complutense de Madrid

SALVIN, Caroline, *Un paraíso. Diarios guatemaltecos 1873-1874*, edición y transcripción de Fiona Mackenzie King; traducción de Eddy H. Gaytán; investigación biográfica de Sybil Salvin Rampen; introducción histórica de Wayne M. Clegern; South Woodstock (Vermont), Plumsock Mesoamerican Studies, 2000, 354 pp., con mapas y numerosas ilustraciones y fotografías.

La edición bilingüe (español-inglés) del libro de Caroline Salvin sobre los diarios de su viaje por tierras centroamericanas nos introduce, como si fuéramos protagonistas del mismo, en la asombrosa aventura que realizó acompañando a su marido, desde la partida del puerto de Southampton hasta su regreso a Inglaterra un año más tarde, tras su paso por EEUU. *Un Paraíso* es una precisa descripción escrita y visual de Guatemala en la década de 1870 y de la exótica naturaleza que deslumbró a esta intrépida aventurera, impresiones que plasmó en preciosas acuarelas sobre paisajes, vistas de ciudades y lugares, flora y fauna.

El viaje se encuadra en el más puro estilo de los que realizaron los exploradores británicos en el siglo XIX, durante la época victoriana, hacia territorios ignotos o poco conocidos. El relato de los viajes en el que los europeos se desplazan hacia lejanas tierras se caracteriza por el asombro que produce el exotismo y la diversidad. En este caso ambas circunstancias están presentes y no sorprende que Caroline plasmase, en notas, pinturas y dibujos, sus minuciosas observaciones e impresiones de cuanto acontecía ante su atenta mirada. Su curiosidad extraordinaria queda patente en las páginas del libro, en especial por la forma con que describe los animales y las plantas tan diferentes a los que estaba acostumbrada en su Inglaterra natal y no lo es menos la turbación que le producen los perturbadores fenómenos naturales (fenómenos sísmicos, temporales, inundaciones, etc.) que con frecuencia ocurrieron durante su estancia de más de un año en Centroamérica.

Pese a la mayor naturalidad con que los europeos ven a sus semejantes, después de lo que significó el mito del buen salvaje en el siglo precedente, Caroline se asombra y a veces hasta rechaza la forma de vivir de las gentes; la antropología y la etnología se exponen, aunque no exhaustivamente, con sorpresa y perplejidad y, de una lectura atenta del relato, se desprenden expresiones poco afortunadas y en ocasiones no exentas de un cierto tono ofensivo e incluso xenófobo que, como se advierte en las notas, son producto de la perspectiva y prejuicios de la época que Caroline compartía. Se echa de menos, además de esta escasa consideración a detallar la vida y costumbres de los indios, la nula atención hacia los parajes y lugares donde existen enormes restos arqueológicos mayas, ciudades en ruinas, pirámides, etc., lo que sorprende por la enorme riqueza de etnias existentes aun hoy día en Guatemala.

El viaje supone para Caroline conocimiento y racionalización de los territorios por los que transita, con una visión utilitarista de aprovechamiento máximo de los grandes recursos que en ellos existen, sin tener en cuenta quizás los aspectos conservacionistas que en esa época ya eran precursores de la alarma actual.

La narración que describe los pormenores del viaje, desde la travesía transoceánica, islas caribeñas, América Central, hasta su destino final en la República de Guatemala, no elude sin embargo el contexto socio-político que planea sobre la convulsionada realidad centroamericana. Los comentarios sobre los frecuentes sucesos políticos e insurreccionales de los países por donde pasó el matrimonio Salvin se recogen en algunas páginas, siempre de forma cauta pero con matices altivos y prepotentes.

La situación política de Guatemala después de la ruptura del pacto federal que agrupaba a los cinco estados centroamericanos actuales, hizo que la vida siguiese siendo precaria y difícil debido a los grandes problemas políticos y económicos a los que tuvo que enfrentarse. Las guerras civiles fueron constantes, la falta de tradición democrática y constitucional hizo que las pugnas entre los partidos políticos se resolvieran con las armas.

Desde la caída de Mariano Gálvez en 1838 hasta 1871, la República de Guatemala fue gobernada casi exclusivamente por el partido conservador, durante el llamado «gobierno de los 30 años». En este periodo se tuvo que resolver el asunto de Belice, que desde la época colonial estaba en manos de los ingleses aunque tan sólo para abastecerse de tintes y maderas. La Reforma liberal subsiguiente logró en buena medida acabar con los vicios coloniales que subsistían durante los «30 años», sobre todo bajo la presidencia del general Justo Rufino Barrios, quien llevó a cabo algunas de las mejoras que necesitaba el país, rodeándose de hombres de mérito como los hondureños Ramón Rosa y Marco Aurelio Soto y J. Antonio Salazar, Arcadio Estrada y Lorenzo Montúfar. Su gobierno personalista y dictatorial se caracterizó, sin embargo, por intentar conseguir importantes reformas sociales, económicas, legislativas y culturales. Se redactó el Código Civil y Militar y se promulgó la Constitución de 1879, vigente hasta la segunda mitad del siglo XX, pero las reformas progresistas de Barrios se notaron especialmente en la democratización y secularización de la educación pública, aboliéndose los privilegios clasistas de ingreso en la universidad, fundándose escuelas de artes y oficios, etc. Barrios acabó con el enorme poder de la Iglesia al expropiar a las ordenes religiosas sus bienes inmuebles y suprimir las ordenes monásticas. Se fomentó la agricultura y la industria; se fundó el banco Nacional y se arregló el sistema monetario además de iniciar la construcción del ferrocarril y el telégrafo.

Sin embargo la cuestión de Belice, pese a la firma del Tratado de Clasyton-Bulwer en 1850, por el que Inglaterra y USA renunciaban a sus pretensiones anexionistas, seguía latente durante su presidencia; no obstante el imperialismo inglés y la política expansionista norteamericana con su «destino manifiesto» continuaban ambicionando y pugnando por este territorio. En este sentido la autora, consciente o inconscientemente, eludió cualquier tipo de comentario al respecto, lo que evidencia su posición ideológica claramente alineada con los intereses británicos. Comenta, sin embargo, reiteradamente hechos generales de este contexto, como los disturbios y algaradas políticas que se sucedieron el día de la investidura y juramento de Barrios y las conspiraciones conservadoras contra él nuevo presidente de Guatemala, así como sus críticas al sistema de gobierno por su incapacidad y firmeza para lograr una mayor explotación de las riquezas, si bien se muestra favorable hacia la política general del primer dictador liberal de Guatemala.

El matrimonio Salvin llegó a Guatemala con el propósito de ponerse al frente de una finca cafetalera situada en Dueñas, a pocos kms de la hermosa ciudad de Antigua, propiedad del también inglés William Wyld, pero sobre todo con el de continuar las investigaciones que Osbert Salvin había realizado durante otros dos viajes anteriores sobre la historia natural de Mesoamérica. El resultado más espléndido de estos estudios, y otros posteriores, por los que fue conocido Osbert, fueron los 62 volúmenes de la *Biología Centrali-Americana: o contribuciones al conocimiento de la fauna y flora de México y América Central*, editada por él mismo y su acaudalado amigo y coleccionista de especímenes naturalistas F. Duncan Godman en Londres entre 1880 y 1915. La flora y la fauna, independientemente de los contenidos arqueológicos que también se incluyen, están descritas en 46 volúmenes, con ilustraciones a color, que facilitan la identificación de las

familias y especies y un apéndice en cada volumen ordenado de ésta forma. Osbert, colaborador de los botánicos de Kew, William y Joseph Hooker, con quienes mantuvo correspondencia durante el viaje, y parte de la cual Caroline incluye en sus diarios, fue conservador de ornitología en Cambridge y es reconocido como un gran ornitólogo y naturalista inglés y miembro de la Real Sociedad.

Caroline ayudó a su marido como artista científica en el último viaje, dibujando y pintando acuarelas, además de servirla para su deleite personal. Algunas de estas imágenes el lector las encontrará entre las páginas del libro; otras se incluyeron en los cinco volúmenes de Botánica de la *Biología Centrali-americana*, enriqueciendo y embelleciendo la obra científica.

Es un texto ameno, con un lenguaje directo y sencillo en el que abundan pasajes divertidos y curiosos, narrados con ironía y desparpajo, sobre el transcurso de su vida cotidiana, sus relaciones con aristócratas europeos, las prácticas diarias de sus oficios religiosos, según las normas de su credo anglicano, su nostalgia por su hija Sybil y los recuerdos de su boda con Osbert. Su flema, rasgo típico del carácter inglés, se pone de relieve con calificativos despectivos hacia los norteamericanos a los que denomina despectivamente yanquis o cuando, por ejemplo, se refiere a las dalias, cuya belleza supera con mucho «a las aristócratas de Inglaterra».

El libro se basa en tres volúmenes manuscritos de notas que componen los Diarios de Caroline, uno de ellos, pequeño, con breves notas cotidianas y dos cuadernos, más grandes, escritos con posterioridad a la finalización del viaje, a lo que se suma datos del viaje de retorno desde Panamá hasta Nueva York (que no se encuentran en los diarios) y que pertenecen a Osbert, extraídos del artículo que éste publicó en la revista de la Sociedad de Ornitología británica, *Ibis*. La bizneta de los Salvin, Sybil, en la nota final, comenta las circunstancias del hallazgo de los Diarios y las pinturas (sin firma autógrafa), extraviados e inadvertidos durante más de un siglo, junto a otras pertenencias y objetos de la familia, dentro de los que cabe destacar la existencia de cartas de Charles Darwin, Hooker, Newton y otros insignes científicos de todo el mundo. Además se incluyen en el libro algunas fotografías inéditas del fotógrafo inglés Eadweard Muybridge, que visitó Guatemala un año después de que los Salvin regresaran a Inglaterra.

El pensamiento escrito, es entre otras cosas, testimonio, inspiración y norma. Las notas y escritos que inspiran estos Diarios guatemaltecos recogen el espíritu, la emotividad y la inteligencia de la autora. En ellos plasma su emoción, su fantasía y su manera de percibir y ordenar el mundo; su tono intimista nos alecciona sobre como la realidad circundante agrede, influye y estimula a las personas: el resultado final de *Un Paraíso* es un extraordinario mosaico de impresiones de lo que supuso para una señora victoriana la naturaleza y la cultura colonial.

J. Luis MALDONADO POLO
Instituto de Historia, CSIC

PERÍODO COLONIAL

ANDREO, Juan y Sara Beatriz GUARDIA (eds), *Historia de las mujeres en América Latina*, Murcia, CEMHAL (Perú), Universidad de Murcia y Fundación SENECA, 2002, 522 pp.

Historia de las mujeres en América Latina es un libro coeditado por el Centro de Estudios de la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL) y el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América (Universidad de Murcia) que recoge 28 ponencias presentadas y debatidas en el Segundo Simposio Internacional de la Mujer en la Historia de América Latina celebrado en Lima (del 18 al 20 de octubre de 2000), al que asistieron especialistas de América, Europa y EEUU. Estructurado en nueve bloques temáticos (en origen nueve mesas redondas) presenta los análisis más recientes producidos por la historiografía preocupada por consolidar la historia de las mujeres y la historia de las relaciones de género en América Latina, desde las culturas prehispánicas pasando por la no menos interesante visión de la mujer en las crónicas y durante el periodo de conquista, al estado actual de las investigaciones en torno a la familia y la identidad femenina durante los siglos XVII al XX, así como la presencia de las mujeres al final del periodo colonial y en los albores de la República. Los capítulos o bloques que transcurren del VI (Escenarios del feminismo) al IX (Historia de la Mujer: Revisión Historiográfica y tendencias) completan, con sendos dedicados a la Política, Ciudadanía y Derechos de las Mujeres y a la Escritura femenina en los siglos XIX y XX (el más voluminoso en contribuciones, un total de seis) la estructuración interna del texto que reseñamos, de cuya lectura cabe concluir que se sitúa como referencia inexcusable en la bibliografía especializada en esta perspectiva historiográfica.

En las primeras páginas dedicadas a la Presentación, Sara Beatriz Guardia, Directora del CEMHAL (fundado en 1997 con el objetivo de impulsar el estudio de la historia de las mujeres en América Latina) destaca que las experiencias de estas mujeres conforman una historia específica en la nueva visión de la historia social que ha caracterizado a la escritura de la historia en las últimas décadas, una historia no exenta de problemas, ya que no se trata de hacer una 'historia compensatoria' ni una 'historia contributiva', sino de abrir nuevas vías analíticas y teóricas, así como de responder a los nuevos desafíos conceptuales y metodológicos que implica el reconocer el protagonismo histórico de grupos, en este caso el de las mujeres, hasta hace bien poco anónimos. Este texto cumple magistralmente con estas nuevas inquietudes y, sobretudo, acepta el reto que los avances historiográficos imponen en este terreno: la contribución del profesor de la Universidad de Murcia, Juan Andreo (miembro consultivo de CEMHAL) es un ejemplo de lo que venimos manifestando, pues con el sugerente título de '*Historia de las Mujeres en América Latina: enfoques renovados y urgentes necesidades*' realiza un repaso de los primeros esfuerzos investigadores que analizaron las sociedades feministas y su incursión en la política hasta las más recientes investigaciones que abordan los discursos ideológicos de

género, abundando en la, más que compartida, propuesta de utilización de nuevas fuentes, como la literatura, los testimonios de viajeros o el estudio de la imagen (grabado, litografía y fotografía) entre otras, que contribuyen a profundizar en parcelas analíticas de difícil acceso, como ya ejemplifiqué en su estudio *'Sobre la construcción de lo imaginario: la mulata en la litografía cubana del siglo XIX: Una propuesta de interpretación'* (Murcia-Pau, 1999). Estos renovados enfoques urgen a pensar en nuevas perspectivas en la enseñanza de la historia, no sólo en temáticas (estudios de mentalidades, historia de la educación de la mujer, prostitución, etc.) sino en relación a la propia metodología docente, como concluye acertadamente Juan Andreo. Es éste por tanto un libro necesario, no sólo por lo que en él se aborda (aunque en el balance global se observe un desigual esfuerzo y calidad de las ponencias, cuestión ésta que no desmerece el conjunto del volumen) sino también por las lagunas historiográficas que denuncia y por los reclamos de las Historias que aún quedan por escribir, además de proporcionar una nutrida y bien seleccionada bibliografía sobre cada una de las problemáticas que se presentan. Especialmente interesante en estos aspectos señalados es el trabajo presentado por Viginia M. Bouvier (University of Meryland) que lleva por título *'Alcances y límites de la Historiografía: la mujer y la conquista de América'* (pp. 111-133) donde analiza las tendencias historiográficas en las últimas décadas sobre la mujer en la época colonial, los alcances y límites de la historiografía, antes, durante y después de la conquista. Después de un recorrido por los debates epistemológicos que contribuyeron a nuevos acercamientos a la historia de las mujeres desde 1980, señala Virginia Bouvier los avances producto de la colaboración entre lingüistas, antropólogos y etnohistoriadores desde perspectivas interdisciplinarias que destacaron desde un primer momento los límites de las metodologías tradicionales, al tiempo que deja constancia de la extraordinaria producción de los estudios sobre las experiencias de las mujeres indígenas en la trilogía dominante de las principales culturas (incas, aztecas y mayas). La distribución geográfica de las investigaciones insistente en centros coloniales de poder, en ciudades como México y Lima, requiere extender los análisis a otras zonas territoriales, y a otras épocas, especialmente a través de trabajos comparativos que recojan espacios periféricos, opción analítica de la que este volumen se hace eco incorporando una variada e innovadora gama de estudios relativos a objetos de investigación diverso: la educación de las mujeres en Santiago de Cuba a principios del siglo XIX, por Lucía Provencio, o la lucha por la visibilidad de las mujeres a través de la educación en el Brasil del siglo XIX, investigación cuya autoría firma Luzilá Gonçalves; la mujer Río-platense al final del período colonial en la visión de los viajeros, según Heloisa Jochims, o las mujeres dominicas en la trinchera política, ejemplificada en la figura de Minerva Mirabal, texto de Valentina Peguero.

Desde los años 90s la producción académica también se ha diversificado gracias a los análisis de los arquetipos de mujeres (Malinche, Virgen de Guadalupe, Amazonas) y los estudios de la sexualidad y el carácter patriarcal de la sociedad colonial, en los que no son ajenos las influencias foucoulitianas de las relaciones de poder y la progresiva consolidación del género como construcción social, que junto a la investigación de raza y clase, en sí son categorías inestables, cambian según lugar, momento histórico y contexto social, como destaca en sus páginas Bouvier. Un ejemplo de lo dicho lo podemos observar en la investigación proporcionada por Francisco Hernández Astete, *'La Coya en la organización del Tahuantinsuyo'*, donde se analiza la presencia de la mujer de la elite en el ejercicio del poder andino, más concretamente, de la figura de la Coya, basándose fundamentalmente en las crónicas, opción documental a la que también recurre Juan José Vega en su análisis sobre *'La prostitución en el Incario'* donde, como bien afirma, 'la profesión

más antigua es históricamente una de las más nuevas' (p. 46). Rastrea este autor los testimonios y crónicas más antiguas del término 'pampayrunas' para fundamentar que no existieron prostitutas (en el sentido moderno del término, cobro de los servicios sexuales) sino 'mujeres livianas', al tiempo que acusa la confusión en el lenguaje escrito por la moral y el código ético importado desde España. Tampoco fue monolítico el concepto de honor o la concepción del matrimonio por amor o por dinero, que estudia Blanca López de Mariscal en *'El viaje a la Nueva España: el trayecto femenino'* que, dividido en 3 grandes apartados (motivación, preparativos y travesía), utiliza como fuente base las Cartas Privadas de Emigrantes a Indias, las famosas cartas de 'llamado' y Narraciones de Viajeros. Su análisis permite además incidir en el sistema cultural del periodo y adentrarnos en la esfera de la intimidad, destacada entre otros por Roger Chartier en «Las prácticas de lo escrito». Esa esfera es abordada también en el interesante análisis que Diana Miloslavich realiza del personaje Curicoyllor/Curicuillor en el poema épico Armas Antárticas y en la crónica Miscelánea Antárticas, si bien desde el peso del personaje femenino lo que se pretende es denunciar el papel de la Iglesia y de la Corona españolas preocupadas por regular las relaciones sexuales, temática de investigación que permite, por otro lado, abundar en la visión que de la mujer proporcionaron los cronistas.

Avanzando en la estructura temática del libro que sigue paralela al devenir cronológico-histórico, la imagen y participación de las mujeres conventuales y escritoras en la cultura del Perú virreinal, así como la explicación de las relaciones conyugales a través del análisis de los procesos de separación en el Estado brasileño de Minas Gerais (ligando familia y violencia con los aportes de la prensa) permiten profundizar en las relaciones familiares del periodo analizado (1894-1926) y en la conformación de la identidad femenina de las mujeres de América Latina al final de la Colonia y en los movimientos sociales de protesta, manifestación ésta de acción colectiva que, analizada desde la perspectiva de las relaciones de género en la aportación de Guillermo Figueroa Luna (*'La mujer Lambayecana en la lucha social y anticolonial, 1780-1850'*) permite concluir que las mujeres no sólo participaron junto a los varones en la lucha por la libertad e igualdad, sino que compartieron con ellos el liderazgo. Esta participación femenina en los movimientos sociales latinoamericanos estuvo constreñida, entre otros factores, por la propia educación recibida por las mujeres, como puede constatarse en la investigación de Lucía Provencio Garrigós, quien aborda la instrucción primaria de las mujeres en Santiago de Cuba desde finales del siglo XVIII hasta los últimos años de la década de los treinta del XIX, estudio éste (*'¡Mujeres a la Escuela!: Lo que quería ser público y resultó privado. Santiago de Cuba a principios del siglo XIX'*) producto de una larga, fructífera y consolidada trayectoria historiográfica de su autora, donde se combina magistralmente el análisis teórico de la construcción del género (la instrucción primaria desde la diferencia sexual) con la particularidad racial y de clase que en los estudios espacio-temporales de América Latina se impone, como bien se demuestra aquí a la hora de analizar el inicial acceso de las mujeres a la educación en la sociedad santiaguera, concretada en la hijas de las capas medias y de las élites, las mayores beneficiarias de la educación privada, la que finalmente se impuso en Santiago al fracasar el proyecto municipal de escuela pública para niñas.

El aspecto relacional-social, de género, clase y raza es tenido también en cuenta en las contribuciones presentadas en el capítulo VI del libro, *Escenarios del feminismo*, cuya particular lectura recomendamos por el acertado análisis que de la dimensión histórica del feminismo contemporáneo latinoamericano se realiza, más concretamente del manifesta-

do en el México actual, o bien a través de las miradas transgresoras de lo femenino en el 'cine dirigido por mujeres', estudio éste último realizado por Patricia Torres San Martín (*Los escenarios filmicos de lo femenino; cineastas latinoamericanas*) en el que se destaca la búsqueda de una identidad colectiva propiamente feminista encaminada a combatir la violencia y abusos ejercidos en contra de la mujer. Esta identidad colectiva no puede concebirse hoy día sin los aportes individualizados de múltiples protagonistas femeninas (y feministas, en muchos de los casos presentados) que en la historia de América Latina abogaron y lucharon por el acceso a la Política, Ciudadanía y Derechos de las Mujeres, como recogen las ponencias del capítulo VII de este volumen, así como por la acción ilustrada y literaria que escritoras latinoamericanas emprendieron a lo largo de los siglos XIX y XX, como recoge el apartado VIII, donde desde la concepción arcaica y tradicionalista de 'ángel del hogar' se consigue pasar a una construcción de la identidad socio-histórica de 'obrero del pensamiento' en el ejemplo del siglo XIX peruano, no sin antes haber experimentado el colectivo de escritoras latinoamericanas el ser perseguidas y exiliadas por sus ideas, que en el caso de *Mariana Llano. El canto de la negritud* (Roland Forgues, Pau) conllevó inicialmente su autovaloración de 'ser mujer' y el reconocimiento de su 'cuerpo de negra', traducido en su obra poética en denuncias del rol impuesto de reproducción de la especie y de satisfacción del deseo sexual del hombre, al tiempo que los mecanismos psicológicos de dominación social que contribuyen al sometimiento de la mujer y contrarrestan su afán de rebelión no impedirán una toma de conciencia que se concreta en sus versos en la lucha por los sectores populares y de color y por una sociedad solidaria, libre e igualitaria.

Fructífero y variado es el camino que la *Historia de las Mujeres en América Latina* ha recorrido (Sara B. Guardia), como podemos comprobar a través de la lectura de este texto, mas los desafíos teóricos y metodológicos indican que aún queda mucho por andar y transformar en la escritura de los estudios de género y su relación con la Historia (Elvira Rivera Gómez). En este difícil y elogiado empeño debemos situar la obra que acabamos de reseñar.

Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Departamento de Historia Contemporánea.
Universidad de Murcia

CORONADO AGUILAR, Jurandir, *Conquista Espiritual. A história da evangelização na Província Guairá na obra de Antonio Ruiz de Montoya, S.I. (1585-1652)*, Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana, 2002, 542 pp.

Tesis defendida en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y galardonada con el premio Belarmino de 2001, esta obra es un trabajo de suma sobre la instauración de las misiones de la Compañía de Jesús en el Paraguay, sobre los conflictos de ésta con los bandeirantes (o maloqueros) de São Paulo, sobre la figura de Antonio Ruiz de Montoya, uno de los principales artífices de esa obra misional, y sobre su crónica-alegato *Conquista Espiritual*, relato de sus fundaciones y denuncia de su destrucción por los paulistas.

El tema es de primera magnitud; la figura de Ruiz de Montoya —hijo bastardo, joven calavera, misionero épico, lingüista, escritor místico— es inagotable; su *Conquista Espiritual*, cuyo resumen se nos ofrece en el capítulo IV, es una obra de enorme interés, entre muchas otras razones por aquellas mismas que durante mucho tiempo sirvieron para denigrarla como fuente histórica —léase su constante recurso a las intervenciones sobrenaturales. Ya en lo que respecta a la *Conquista Espiritual* de Jurandir Coronado Aguilar, aquí reseñada, hay que decir que es un esfuerzo muy considerable de recopilación de datos, de inventario de fuentes y de reunión de datos contextuales, y una empresa historiográfica muy dudosa —suma, he dicho, y no análisis, ni síntesis, ni indagación. Es en conjunto un correcto epígono de las obras de otros autores eclesiásticos, que —como Chantre y Herrera, o Izaguirre, o Serafim Leite— hicieron en su día la historia de las misiones de una u otra orden, resumiendo obras anteriores, citando extensamente documentos, o reproduciéndolos en su integridad, haciendo acopio de nombres y fechas: un tipo de trabajo al que las facilidades actuales para acceder a los acervos y para reproducir la documentación quitan buena parte del indudable valor que tenía hace cincuenta o cien años. El criterio de esa acumulación de informaciones es a veces discutible: listas de obispos de tal diócesis, estadísticas de los miembros de la Compañía en sus diversas provincias, descripción prolija de las vicisitudes de la unión de las coronas española y portuguesa son cargas que otorgan al libro un estatuto ambiguo, y a menudo árido, entre el almanaque histórico y la crónica. El relato es demasiado oficial, y denota un gusto peligrosamente conservador en los círculos académicos del Vaticano: ningún interés en aclarar los conflictos que surgen a cada paso, nulo sentido crítico respecto de las empresas coloniales o misioneras, o respecto de los contrastes entre lo dicho y lo hecho. Las leyes, las ordenanzas y las declaraciones de principios se presentan como políticas. Los adjetivos que caracterizan a los personajes en escena —santos, piadosísimos, abnegados— mimetizan voluntaria o involuntariamente el estilo de la época, y componen una narración hagiográfica que a estas alturas resulta poco verosímil. Peor aún: poco comprensible. El autor actúa como si la sustancia de la misión jesuita y de la conversión guaraní nos fuesen inmediatamente accesibles; pero el tiempo ha pasado, no menos para los creyentes que para los no creyentes. Basta, por ejemplo, comparar ese relato con los de cualquier misionero de este último siglo para percibir que la experiencia de Ruiz de Montoya y de sus compañeros, por muy viva que nos aparezca en muchos detalles, es en muchos otros irremediablemente lejana sin la mediación de una historia escrita de un modo muy diferente. Me remito por ejemplo a los abundantes milagros y apariciones que como he dicho pueblan, en la *Conquista* de Montoya, toda la aventura de los jesuitas —detalles que harían demasiado evidente esa lejanía, y que Coronado Aguilar podía prudentemente. Los guaraníes aparecen en el texto de Montoya departiendo con la Virgen, los santos o los demonios con la misma familiaridad y modos de los devotos españoles de la contrarreforma: tal vez el cronista jesuita nos ha ocultado la historia con un revoco narrativo totalmente ajeno, tal vez nos presenta indicios de un diálogo sorprendente en que los indios adquieren voz dominando precozmente todo un universo narrativo exótico. La empresa misional del Paraguay registra un ejercicio y/o una percepción de la mimesis, por parte de evangelizadores y neófitos, que no encuentra parangón fácil en otras situaciones. En el mismo sentido, es difícil no sorprenderse de que Ruiz de Montoya atribuya la casi autoría de su tratado místico *Sílex del Divino Amor* a un neófito guaraní de santa vida. Sea mera propaganda o indicio de relaciones muy complejas entre el misionero y partes de su reba-

ño, nada averiguaremos en estas páginas: el autor pasa sin inmutarse ante esa notable —y redonda— afirmación, y se contenta con reunir una lista de autores místicos europeos que pueden haber influido en las páginas del jesuita.

Hay muy poca, o ninguna antropología en esta suma de la Conquista Espiritual. Los indios aparecen en ella como comparsas, tabulas rasas o sin labrar, paganos genéricos. Pero lo mismo, como ya se ha podido entender, ocurre con los misioneros, esos personajes incommunes que pueden encerrar algunas claves de la cultura cristiana del barroco, a los que la prosa del libro convierte en autómatas de la fe, recorriendo piamente las selvas como si fuesen claustros segovianos. Nada nos dice el libro a respecto de la intrincada interacción entre cristianismo y culturas indígenas que se dio en el área guaraní. Más densa es, en compensación, la descripción del haz de conflictos en que las misiones guaraníes se desarrollan: entre españoles y portugueses (sin faltar las componendas secretas entre unos y otros), entre clero regular y secular, entre jesuitas y carmelitas. La obra de Coronado Aguilar trae a colación algunos contenciosos de gran interés, que van desde los esfuerzos de los jesuitas por conducir la defensa de las misiones al ámbito de la Inquisición, hasta las polémicas sobre la ortodoxia de las traducciones al guaraní de términos y proposiciones teológicas, pasando por la alarma ante los indios bautizados en el Brasil con nombres del antiguo testamento —herejes y judíos estaban al acecho, mezclados entre los traficantes de esclavos. Pero la voluntad oficialista de la que ya he hablado no es la mejor consejera para explorar estos veneros, que quedan casi intactos para quien verdaderamente se interese por ellos.

Me parece digno de censura que en una obra que transcribe todos los lugares comunes del discurso misionero del antiguo régimen —los apóstoles otorgando todas las técnicas y las luces a indios sumidos en la barbarie y la ineptia más absolutas— se ofrezca aquí y allá una guinda retórica post-conciliar aludiendo al respeto y la defensa de la cultura indígena por parte de los jesuitas, lo que no tiene sentido en ninguna de las acepciones conocidas de la palabra cultura, por mucho valor que queramos reconocer a la lid de los jesuitas en pro de las almas, y aún de los cuerpos, de los indios. Hay mucho que objetar, creo, a las revisiones políticamente correctas de algunos historiadores de la iglesia progresista que truenan contra la empresa colonial al tiempo que descubren alguna teología de la Encarnación o de la Inculturación en la empresa de religiosos de hace trescientos años. Pero hay en ellas una voluntad de reinventar la historia que merece respeto; aquí, el barniz modernista se aplica en pinceladas esporádicas sin tocar para nada la pintura anterior, como en una autoabsolución ritualista que —para no hablar del propósito de enmienda— prescinde en absoluto del examen de conciencia. El lector encontrará en este libro una importante serie de pistas que seguir en el campo siempre apasionante de las misiones jesuíticas, pero no encontrará respuestas a preguntas ya hace mucho formuladas respecto a ellas; en cuanto a las preguntas en sí, la *Conquista* original de Ruiz de Montoya sigue siendo por sí sola más capaz de suscitarlas.

Oscar CALAVIA
Universidad de Florianópolis (Brasil)

MORENO CEBRIÁN, Alfredo, *El virreinato del Marqués de Castelfuerte 1724-1736. El primer intento borbónico de reformar el Perú*, Madrid, Editorial Catriel, 2000, 671 pp.

El trabajo de Alfredo Moreno Cebrián, consta de seis capítulos los cuales presentan en un primer momento, las bases biográficas de José de Armendáriz y Perurena, marqués de Castelfuerte, quien fuera virrey del Perú desde 1724 hasta 1736, en reemplazo del arzobispo-*virrey* Diego Morcillo. Se necesitaba afianzar los lazos de la dependencia y crear un gobierno fuerte, política a la cual estaba empeñada la nueva dinastía borbónica. De esa manera el nuevo virrey cumplió una importante función de gobierno en todas las áreas del poder, en el sector eclesiástico, económico, político y militar. El texto culmina con la Relación de Gobierno y un apéndice documental que abarca la mitad de la obra conteniendo la memoria reservada del virrey al marqués de Villagarcía. Consta además de seis láminas con el escudo de armas del marqués; la imagen de Diego Morcillo; la de la Virgen—Cerro, la guardia española contra los indios y la imagen, el plano del puerto del Callao y la imagen de Pedro Peralta y Barnuevo.

El trabajo de Alfredo Moreno, no es una bibliografía del marqués de Castelfuerte sino que es una radiografía del poder y del estado español en el Perú en la temprana época del reformismo borbónico. Muestra la capacidad de negociación de un alto funcionario del estado que supo soslayar todos los problemas que se le presentaron tanto con el obispo como con otros funcionarios reales. Gobernó el Perú durante once años al cabo de los cuales tuvo que enfrentarse a tantos cargos como años gobernados de los cuales salió airoso en todos excepto el que tuvo con el corregidor del Cuzco Francisco Arias de Saavedra.

Alfredo Moreno no deja sin analizar ningún acto de dicho virrey, cada actividad es meticulosamente descrita entremezclando en su relato frases textuales que dan mayor realismo al texto.

De gran religiosidad, el virrey mostró su integridad a través de una inflexible actitud, poniendo especial cuidado en la preservación de la moral, el orden público, alentando el castigo a aquellos que se apartaban de la ley de Cristo como los blasfemos, hechiceros, alcahuetes y amancebados. Se preocupó por darles un buen tratamiento a los indígenas pero consideraba que estos eran ociosos y con pocas posibilidades de incorporarse al sistema productivo. El virrey poseía un desprecio muy marcado por las castas y tenía altos prejuicios contra todo tipo de mezclas y tuvo que enfrentarse a la rebelión de Cochabamba encabezada por mestizos.

Lo que más impactó al marqués de Castelfuerte fue el incumplimiento de las leyes por parte del clero regular y secular, nos dice Moreno Cebrián, situación ya conocida por la corona por el memorial que Antonio de Zoloaga arzobispo de Lima elevó al rey denunciando el estado de corrupción y escándalo en el que vivía el estamento religioso peruano. El clero en general hacia gran ostentación de lujo y se ocupaba de varios negocios hasta amancebarse públicamente y hacer uso de sus hijos en servicios públicos hasta ostentar la relación con concubinas, participar en el reparto de mercancías y administrar estancias y obrajes. Castelfuerte se enfrentó duramente con los corregidores al demandarles que precisasen los casos públicos de inmoralidad haciéndoles recordar que el patronato real colocaba al rey por encima de los preladados y obispos. La disputa mayor la tuvo con Diego Morcillo (anterior virrey) quien encontró en Castelfuerte «la horma de su zapato» nos dice Moreno Cebrián. Mediante el uso de frases textuales de las cartas enviadas al rey y otros documentos, Moreno Cebrián va hilando la trama del conflicto entre el

virrey y el arzobispo. Castelfuerte se ocupó de reducir los conflictos que se producían en los actos eleccionarios donde, los frailes que poseían votos actuaban como «mercaderes» en su afán de obtener prebendas y venían a América con la principal intención de enriquecerse. Son muchas las referencias que al respecto nos presenta Moreno Cebrián, todas ellas muy bien documentadas con profusa cantidad de notas a pie de página.

Castelfuerte también se enfrentó a la Inquisición, intervino en la situación de la Universidad de San Marcos la cual estaba en deplorable estado debido a la falta de concursos de oposición. Se preocupó además por los hospitales fundados en el virreinato y colocó a los niños expósitos huérfanos y abandonados bajo el cuidado de los padres betlemitas que eran excelentes administradores de hospitales. También intentó crear un establecimiento para mujeres públicas y aumentó la renta del Hospital San Bartolomé que saldría del obispado y arzobispado del Perú.

Castelfuerte se empeñó en completar la prosperidad económica de su antecesor Duque de la Palata a través de una visita general que evaluase las consecuencias de la epidemia y el potencial tributario, como también verificar los fraudes que se cometían en la mita y además incentivar el comercio. Hizo desde el comienzo una excelente administración, pagó los sueldos de la armada; sometió a una estricta vigilancia a los oficiales reales, impuso castigo a los que utilizaron los fondos públicos para el comercio propio; procuró nombrar a personas idóneas y eficientes, aunque aceptó la venta de cargos debido a que daban al erario importante entrada. Se abocó también a la realización de una revisita luego de la peste para reajustar el número de indios destinados a la mita tanto minera como de haciendas y encomiendas. En las ciudades revisitadas se comprobó cierto aumento del número de indios respecto de los padrones entregados por los corregidores después de la epidemia. De esta manera cortó el abuso de la evasión impositiva especialmente entre los forasteros como también aquellos quienes se declaraban castas para pagar menos.

Castelfuerte decidió solucionar los desarreglos de la casa de la moneda y limitar la pérdida de plata en piña que se usaba para pagar las transacciones de comercio ilícito. La solución fue impedir el tránsito de un lugar a otro de la plata y oro sin quintar y exigir a los oficiales reales emitir una declaración de las venas que se trabajaban, producción y características, además de procurar muchas otras disposiciones de control. Castelfuerte se sentía el virrey más benigno aunque su actitud frente a los delitos fue implacable, como lo demuestra el caso de enjuiciar al corregidor de Huancavelica por haber extraviado 60 quintales de azogue. Uno de sus medidas fue determinar la continuación de la mita con algunas modificaciones, como la inclusión de los forasteros y la fijación del salario de los mitayos en cuatro reales por día. La revisita tuvo una importancia fundamental en Potosí dado que incorporó a más cantidad de indios a las mitas.

Mediante el sistema de remate para la recaudación de la sisa se procuraba que dicho impuesto sirviera para restituir el estado eclesiástico, conventos y hospitales. A través de asientos el Consulado de Lima cobraba la alcabala y cuando llegó Castelfuerte, se desautorizó este sistema debido a que acrecentaba el contrabando, porque dicha institución se reservaba el derecho de conocimiento y jurisdicción en los comisos negando toda posibilidad de intervención a los poderes públicos. También intentó que la alcabala se cobrase como en México a través de los oficiales reales, pero no tuvo eco. Sin embargo mejoró el sistema de anotación para eliminar fraudes logrando durante su gestión el aumento de la recaudación fiscal.

Importante fue la actividad de Castelfuerte contra el comercio ilícito especialmente incrementado luego de 1713 debido a los asientos de negros que realizaba la compañía ingle-

sa, así como también el comercio llevado a cabo por los franceses en las costas del sur del Perú extrayendo a cambio importantes cantidades de plata acuñada y en pasta. Aprovechó una vez más para cargar las culpas al gobierno anterior, es decir el del Arzobispo Morcillo, al decir que por «omisión de los virreyes y otras autoridades» se producía el fraude.

Moreno Cebrián abunda en ejemplos de cómo al año de iniciar dicho virrey la gestión de gobierno se vieron los frutos de sus medidas. También nos muestra el poder de negociación del gobierno español y las grandes contradicciones en la que caía, porque si bien por un lado, se pretendía el control, por el otro, se emitían una serie de leyes permitiendo el libre comercio «con todos los súbditos del rey Carlos VI». El comercio ilícito de los eclesiásticos, el tráfico de cacao entre Guayaquil y Acapulco y el comercio de ropas de la China, fueron los tres aspectos que mayor importancia dio el virrey en su gestión. En este sentido, nos dice Moreno Cebrián, Castelfuerte fue implacable con los decomisos enfrentándose incluso a los reclamos del Consulado. También se llevó a cabo el montaje de un costoso servicio de guardacostas cuyo mantenimiento recayó sobre los comerciantes quienes obtuvieron a cambio una reducción de los impuestos. Se trataba de armar barcos corsarios que cumplieran con el deber de apresar cualquier otro extranjero que estuviese en las costas peruanas. Sin embargo durante su mandato, decayeron las ferias debido al retraso en la salida de las flotas hacia las mismas. Moreno Cebrián nos muestra cómo el Consulado además de ser el principal prestamista de la corona era también el principal deudor. Dicha institución reducía su deuda entregando donativos especiales que la Corona recibía a cambio de condonar la deuda producida por sus antecesores. Las referencias del virrey muestra que a pesar del cobro de los impuestos la Corona siempre se quedaba corta con la recaudación en relación a los gastos, lo cual se revirtió de alguna manera durante la gestión de Castelfuerte dado que recaudó un promedio de once millones de pesos en nueve años.

Respecto a la gestión de gobierno del virrey, Moreno Cebrián en este capítulo, nos describe las quejas de Castelfuerte desde su arribo al Perú por las malas condiciones que se encontraba el virreinato y su deseo de cambiar la situación. En el aspecto militar tuvo particular cuidado en la defensa del reino «como vigilante y experto en el ejercicio militar». Participó en la recuperación de la plaza de la Colonia de Sacramento tomada por los portugueses, y se ocupó de reorganizar los situados principalmente el de la plaza de Panamá «bisagra de los dos océanos». También cupo al virrey la reconstrucción de la muralla del Callao la cual estaba en estado calamitoso debido a los «gobiernos anteriores que nada habían hecho».

El manejo de gran cantidad de información, producto de una exhaustiva investigación sobre dicho virrey, nos enfrenta a una obra muy sólida cuya lectura es imprescindible para conocer los intersticios del poder y la capacidad de negociación tanto de la corona como de los funcionarios del gobierno. Una vez más Alfredo Moreno nos adentra en la enmarañada política gubernamental española en América y como es su estilo, fundamenta cada aseveración con un importante respaldo documental.

Ana CRISTINA MAZZEO
Pontificia Universidad Católica del Perú

RODRIGUEZ, Pablo, *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad. s. XVII-XIX*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2002, 231 pp.

En busca de lo cotidiano es una colección de trece artículos en torno a la sociedad y cultura urbanas del occidente de la actual Colombia durante el siglo XVIII, más algunas incursiones en el período republicano. Aunque éstos han sido difundidos con anterioridad en un amplio abanico de publicaciones periódicas, excepto uno, Pablo Rodríguez ha querido reunir esta colección de ensayos —así los llama— en un sólo volumen donde se retrata, con particular vivacidad, el discurrir de la vida en ciudades coloniales bien establecidas, con historias más que centenarias que moldearon su personalidad y funciones particulares. Cartagena de Indias fue lugar de entrada y salida con muchos esclavos negros, mientras, Medellín se desenvolvió como una típica ciudad de provincia con un alto porcentaje de población mestiza y Popayan vivía de sus pasadas glorias. Estos estudios de caso, entonces, no sólo enriquecen la historia local sino que sirven como indicadores analógicos para estudiar la sociedad en general y la de otros centros urbanos de la América española.

Estos ensayos, elaborados a lo largo de una década, señalan también la propia evolución del historiador y sus intereses. Los resultados de sus investigaciones se convierten en radiografías sociales y en estampas en movimiento que matizan y profundizan lo que la historiografía había ya expresado sobre esa temática, en particular en las dos últimas décadas. En el libro se percibe un cambio de tratamiento en el uso de las fuentes a lo largo de la década. Se inicia con una mayor inclinación a la cuantificación y más apego al hecho, como se ve en *Aspectos del comercio y de la vida de los esclavos en Popayán, 1780-1850*, aunque ya decanta sus intereses hacia temas cotidianos como la alimentación o el vestido. Un segundo momento es reflejado en los ensayos centrales titulados *El calor de hogaren la Vieja Villa de la Candelaria de Medellín; La sociedad y las formas en la Gobernación de Popayán, siglo XVIII; Familia y vida cotidiana en Cartagena de Indias, siglo XVIII* relativos a la composición y al orden de la sociedad colonial tardía. Estos estudios basan su análisis en la información cuantitativa y cualitativa recogida en los censos poblacionales del último cuarto del siglo XVIII. Sus resultados ponen en evidencia que el orden social es similar al de otras poblaciones desarrolladas por la Corona en las Indias. Allí españoles, indios y negros se mezclan en diferentes proporciones e intensidades según la zona, poniendo de manifiesto la originalidad y la importancia del mestizo y del mestizaje; categoría aún por identificarse en plenitud.

La familia es, sin duda, el elemento estructurante del orden social. Esta institución es el filtro del poder social y económico y de alguna manera el político. Son, de hecho, los grupos familiares unidos por parentesco o por padrinazgo los que señalan la ruta lícita —propuesta por el Estado y por la Iglesia—, para la renovación generacional. Sin embargo, la norma es adaptada en el Nuevo Mundo a prácticas más flexibles como las uniones temporales o permanentes, amancebamiento, concubinato y la procreación de hijos ilegítimos. Además, el tamaño de la familia era relativamente pequeña en cuanto a número de hijos y también de los parientes y protegidos bajo el mismo techo; hay una tendencia hacia la familia nuclear. Sin embargo, no por lo apenas dicho se altera el orden social, pero se acomoda y deforma originando espacios para nuevos actores que se agregan, cada uno de acuerdo al caso, a instituciones como el Cabildo, las Cofradías y otras más.

Otro conjunto de escritos está dedicado a la mujer y su papel en la sociedad y la familia. El artículo «Hablando del honor: ¿Dónde estaba el de las mujeres coloniales» es un in-

tento de reflexión global sobre la manera de concebir su participación en la sociedad en su conjunto. Se subraya el interesante papel de las viudas, así como el de las madres abandonadas y del gran número de madres solteras —algunas por elección— que serán cabeza de familia con posibilidades de sustentarla económicamente por medio un trabajo reconocido y aceptado socialmente. Dentro de estas actividades, pero con menor aprobación se encuentra la práctica de la hechicería en *Amor y magia amorosa: los conjuros de amor en el Nuevo Reino de Granada* y en *La magia amorosa en Brasil y México coloniales*, que matizarían ese tipo de tareas mas bien concebidas como conductas desviadas.

Para completar la imagen de esta sociedad el autor se detiene en capturar el espíritu de las fiestas, las devociones populares, las peregrinaciones, romerías, bailes de gala, y *La fiesta de los toros en Colombia, siglos XVI-XIX* explicando la manera en que esta afición se arraiga en el país. Su entusiasmo por el material gráfico está en sus análisis de las fotografías de conjuntos familiares en *Retratos de familia: Imágenes visuales del entramado social* y de la láminas de *Las edades de la vida* de amplia difusión en el siglo XIX. Por lo mismo, incluye al inicio de cada ensayo ilustraciones de diverso origen y cuidadosamente escogidas de entre un amplio repertorio de dibujos, láminas, acuarelas y grabados.

En busca de los cotidiano es una historia de honor, sexo, fiesta, costumbres, amor, sentimientos y vida familiar a través de los cuales se propone la comprensión de la sociedad y de la cultura en tierras americanas.

Clara LÓPEZ BELTRÁN
National Museum of Ethnology
Osaka, Japon

SCHRÖTER, Bernd, *Der Heiratsmarkt im kolonialen Uruguay. Geschlechterbeziehungen in einer Grenzregion Spanisch-Amerikas, 1727-1810*, Stuttgart, Verlag Hans-Dieter Heinz, 2001, 327 pp.

Con el título *El mercado matrimonial en el Uruguay colonial. Relaciones entre los sexos en una región límite de la América Española*, el autor ofrece un detallado análisis de los problemas existentes en las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad colonial uruguaya entre los años 1727 y 1810. De esta manera, Schröter aborda un campo de investigación poco trabajado hasta ahora, toda vez que la mayoría de los estudios realizados hasta la fecha dirigen su enfoque al tiempo posterior al *colonioaje* y, por lo tanto, a un contexto histórico y conceptual completamente diferente. Innovador es también el hecho de que, a pesar del propósito general de analizar la relación y el comportamiento recíproco entre hombre y mujer, dedica más espacio al papel y a la situación de la mujer, por haber sido ésta menos objeto de investigación histórica que el hombre.

La idea en la que se basa este estudio es sencilla e interesante a la vez: dado que la relación entre hombre y mujer es influida o, mejor dicho, marcada por la sociedad, tanto en lo que refiere a las condiciones o circunstancias que ésta ofrece como a las convicciones morales o religiosas que la constituyen. Por lo tanto, también se puede llevar a cabo la deducción o conclusión a la inversa; es decir, estudiando una sociedad a través de sus condi-

ciones matrimoniales así como del comportamiento de hombre y mujeres en este mercado matrimonial. A fin de analizar las repercusiones concretas del carácter de la región en el comportamiento de las personas, el parámetro *mercado matrimonial* fue elegido porque en este contexto ofrece una de las escasas posibilidades de combinar evaluaciones objetivas a partir de análisis cuantitativos con la observación de casos particulares.

Este caso, lo particular de la sociedad estudiada, se caracteriza por dos aspectos: el primero de ellos es el hecho de que la estructura y situación política, económica y social de la llamada Banda Oriental del Río de la Plata se constituyeron en un momento en que este proceso de formación ya había sido llevado a cabo en el centro de Uruguay así como en la mayoría del resto de las regiones de la América Española. El segundo aspecto a tener en cuenta fue lo decisivo de la situación geográfica de esta sociedad en desarrollo, que limitaba con regiones de influencia indígena y portuguesa. Tanto su carácter de frontera como el inicio tardío de su colonización fueron muy significativos para el establecimiento de las condiciones, generales y particulares, de hombres y mujeres en su actuación social, sus convicciones y su comportamiento.

Tras un primer capítulo en el que Schröter profundiza más detalladamente en la repercusión de estas constelaciones históricas y regionales en la sociedad, el autor se dedica en el siguiente epígrafe a esbozar los determinantes del comportamiento matrimonial; es decir, la problemática generalmente vinculada con ello. Contrastando temas como la migración, tanto la interna dentro del continente como la externa procedente de Europa, y sus distintas pautas de comportamiento; el carácter limítrofe de la región y sus consecuencias: inseguridad y peligro, falta de mujeres y el significado de la procedencia de las personas en las relaciones sociales en esta zona geográfica; y, finalmente, el estatus social en su componente racial, referente al prestigio económico y social, los oficios y las profesiones; todo ello se intenta integrar en un contexto más amplio.

La tercera parte expone el procedimiento existente en torno al mercado matrimonial desde la perspectiva de los actores concretos (es decir, la visión interior de la sociedad referente a la problemática descrita) dedicándose a las distintas etapas en el desarrollo de las relaciones entre hombre y mujer. Especial énfasis pone en las experiencias reales así como en los motivos visibles para la actuación de los hombres y las mujeres antes de la realización prevista de un matrimonio. En este contexto no solamente describe las formas de conocerse, la fase de oficialización de la relación, la moral pública, la promesa de matrimonio, el esponsalicio y el honor de las familias y su influencia, sino también la repercusión de la política borbónica de reformas bajo Carlos III en el comportamiento matrimonial; es decir, los intentos del absolutismo tardío por conseguir una estabilización de las normas de comportamiento con el fin de fortalecer así la influencia estatal en la sociedad. De esta manera se integran tres niveles de experiencia de los actores: la moral pública, la influencia de la familia y las formalidades y normas sociales a las que se ha de enfrentar la pareja al contraer matrimonio.

En el siguiente capítulo analiza Schröter detalladamente estos factores sociales, culturales y étnicos así como su influencia en el comportamiento de las personas en cuestión, diferenciando entre primeros matrimonios y aquellos entre personas que vuelven a casarse. Debido al peso que los viudos y las viudas han tenido en este mercado matrimonial, Schröter enfoca separadamente los aspectos específicos que caracterizan su situación, tales como su cantidad, su procedencia étnica y, en el caso de los europeos, de las diferentes regiones de España, la edad, la duración del tiempo sin matrimonio así como la situación de los hijos aportados a estos matrimonios.

Finalmente, el autor se dirige al grupo de personas que, por los motivos que fueran, no querían o no podían formalizar una relación matrimonial oficial y que representan lo que llama los „perdedores» de este mercado matrimonial. Indicando la dificultad de describir este grupo como homogéneo o construyendo sus posibles motivos, en este apartado Schröter estudia principalmente las consecuencias de este hecho como son la prostitución, la violencia y las distintas formas de raptó de mujeres.

En el último capítulo aborda un conjunto de aspectos seleccionados de la relación entre hombre y mujer *durante* el matrimonio, tales como sus derechos y obligaciones, dedicando especial atención al significado de la sexualidad antes, durante y fuera del matrimonio; a la institución del amancebamiento o concubinato, así como sus consecuencias en forma de hijos ilegítimos; a las distintas variantes de la sexualidad como la homosexualidad, poligamia e incesto; y, finalmente, haciendo referencia a las distintas formas de manifestación de lo que hoy se conoce como „violencia doméstica».

Resumiendo, se puede constatar que esta obra proporciona un análisis sumamente interesante de una sociedad colonial en una región limítrofe que ofrece una imagen bastante precisa del asunto tratado y que revela muchos aspectos desconocidos. A través del parámetro „mercado matrimonial» se ha logrado mostrar un estudio sociológico que describe las condiciones de vida en la región de la Banda Oriental durante su época colonial y su repercusión tanto en las normas sociales como en el comportamiento de los individuos ante el matrimonio. Se trata de un análisis muy completo que enfoca el tema de investigación desde muchos puntos de vista diferentes. Frontalmente se formula la pregunta acerca de las circunstancias generales y particulares que fueron relevantes para el comportamiento de hombres y mujeres ante el matrimonio así como una observación de la vida matrimonial en sus distintas facetas. Así mismo se presentan tanto formas de relaciones oficiales, exigidas por la sociedad —el matrimonio dentro de las normas sociales y religiosas— como la diversidad de manifestaciones que se mostraron en la realidad. En este contexto también se mencionan los problemas que determinan esta situación, el encuentro del sistema de valores morales con el sistema criollo y la continua falta de mujeres, con el objeto de alcanzar un equilibrio cuantitativo, así como la consecuencia de ello. Interesante es además la comparación de los datos de esta región con los de las distintas provincias de España, a fin de comprobar la hipótesis del autor: que los cambios en las condiciones de vida en la Banda Oriental provocaron modificaciones considerables en el comportamiento matrimonial.

También es de rigor mencionar que el material en el que se basa esta obra ha sido amplia y correctamente investigado. Puede encontrarse un detallado fundamento estadístico de las conclusiones en la profusión de tablas, diagramas y gráficos que se hallan tanto introducidas en el propio texto, a modo de ilustración del mismo, como en forma de un amplio anexo (55 páginas) que se ubica al final del libro. Asimismo, destaca este estudio por su vasta base bibliográfica que, junto al material estadístico, procede de distintos archivos y, en gran parte, de fuentes no publicadas, apenas utilizadas hasta ahora.

Finalizando, puede afirmarse que con esta obra se ha logrado ofrecer tanto un estudio sociológico, que constituye una importante aportación a la investigación histórica, muy elaborado y con mucha información estadística detallada, como una obra muy amena e interesante de leer o consultar, tanto para el especialista como para el profano.

Sandra REBOK
Instituto de Historia.CSIC

TIETZ, Manfred (ed.), *Los jesuitas españoles expulsos: su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico de la Europa del Siglo XVIII*, Frankfurt am Main, Vervuert// Madrid, Iberoamericana, 2001, 710 pp.

Este libro compila veintisiete ponencias presentadas en el Coloquio Internacional de Berlín del 7 al 10 de abril de 1999 publicadas por Manfred Tietz con la colaboración de Dietrich Briesemeister. Ambos historiadores presentan en el prólogo un panorama general de las implicaciones de la expulsión y las actividades culturales de los religiosos de la Compañía de Jesús en los Estados Pontificios.

La historia del destierro de los jesuitas de España y de sus posesiones en Ultramar nos conducen a uno de los temas más estudiados del siglo XVIII por la diversidad de aspectos que pueden tratarse y por el interés que despertaron sus aportaciones a la cultura europea. La expulsión de la Compañía de Jesús de estos territorios tuvo grandes repercusiones políticas, económicas y culturales. Primero, por encontrarse en todos los territorios de dominio español y segundo, por gozar de privilegios reales, atender la evangelización de los naturales y la educación de las elites dominantes de las principales ciudades, pero, sobre todo, por las actividades económicas, muchas veces censuradas a lo largo de su existencia.

Sobre el tema de la expulsión, Francisco Aguilar Piñal analiza un manuscrito inédito perdido durante la Guerra Civil Española del P. Alonso Pérez en «Comentarios para la historia del destierro, navegación y establecimiento en Italia de los jesuitas andaluces». Por su parte, José Gallegos-Andrés presenta las causas del destierro en una pregunta que da título a su artículo «1767: Por qué los jesuitas». Enrique Giménez López abunda en las conversaciones hispano-portuguesas generadas con la intención de eliminar a la Compañía de Jesús en su trabajo «Portugal y España ante la expulsión de los jesuitas». A continuación, Moisei S. Alperóvich analiza la postura del gobierno zarista, a quien la monarquía española solicita simpatizar con la causa en «La expulsión de los jesuitas de los dominios españoles y de Rusia en la época de Catalina II». Los trabajos de José A. Ferrer Benimeli y Johannes Meier estudian la expatriación de los padres de la Compañía de las provincias de Paraguay y de Chile. El primero, con el título «La expulsión de los jesuitas de las reducciones de Paraguay y de las misiones del Amazonas. Paralelismo y consecuencias humanas», enfatiza la salida de religiosos del territorio y sus consecuencias religiosas, sobre todo, por la carencia de clérigos sustitutos. Meier, por su parte, en su escrito «Los jesuitas expulsados de Chile (1767-1839), sus itinerarios y sus pensamientos», trata ampliamente la labor de la Compañía en Chile; analiza y valora el trabajo intelectual de los padres Juan Ignacio Molina y Manuel Lacunza, principalmente.

Desde cualquier ángulo que se les mire, sea antes o después del exilio, los jesuitas fueron conscientes de la fuerza que emanaba de su «imagen», es decir, del impacto que causaba su representación física e ideológica en la sociedad, ocasionando, no pocas veces, exacerbados conflictos. Expuestos, los ignacianos, a la crítica y a fuertes presiones desde sus orígenes, pareciera que su extinción no sorprendió a la sociedad ilustrada ni a la comunidad religiosa de la época. Marian Skrzypek en «Les discussions autour de la «République des Guaranis» dans les Lumières françaises» escribe que los filósofos «tuvieron una opinión unánime en la apreciación positiva del carácter anticolonial y antiesclavista de las misiones de Paraguay»; que Montesquieu y Voltaire apoyaron la participación de los jesuitas en favor de los indígenas. Que otros como Diderot, los acusaron de desobediencia al poder civil y de practicar un paternalismo esclavizante con los naturales, mientras que D'Alembert asignó a los jesuitas una participación perniciosa.

De cualquier manera, la llegada de los jesuitas a Italia reunió a los mejores exponentes de un conocimiento ante disperso por la extensa geografía hispanoamericana y europea. Fue entonces cuando se concentró un nuevo «saber» de acuerdo con la experiencia particular y con el talento de algunos jesuitas.

En lingüística, traducción y lexicografía son ampliamente reconocidos Hervás, Masdeu, Gabaldón, Conca y el padre Terreros. Con estos personajes como ejes de sus ponencias, Gerda Haßler en «Teoría lingüística y antropología en las obras de Lorenzo Hervás y Panduro» destaca la originalidad del método de Hervás en la comparación de las lenguas. Klaus Zimmermann reconoce la validez de las investigaciones de Hervás sobre las lenguas amerindias en «Los aportes de Hervás a la lingüística y su recepción por Humbolt». Por su parte, Ángeles Arce analiza el papel de Masdeu en el campo de las interrelaciones culturales en «Juan Francisco Masdeu: 'buena' intención de un 'mal' traductor de poesía». Cristina Barbolani distingue el trabajo de otro jesuita traductor que difunde la cultura española en «Un jesuita expulsado traductor de Monti y de Alfieri. Una aproximación a Antonio Gabaldón». Nocolo Guasti con la misma intención que Barbolani contribuye con su trabajo «Antonio Conca traduttore di Campomanes» con el objeto de divulgar la obra en el Iluminismo italiano. Pedro Álvarez de Miranda analiza la figura más destacada de la lexicografía del siglo XVIII en su ponencia «El P. Terreros antes y después de la expulsión». De manera general Lucienne Domergue en «Les jésuites espagnols écrivains et l'appareil d'État (1767-1808)» trata las producciones jesuíticas de los expulsos que gozaron de protección real en obras etnográficas, lingüísticas, apoloéticas y traducciones.

«Imagen y saber» son dos elementos que se distinguen en los trabajos de estos especialistas que han abierto un importante espacio para la investigación histórica, religiosa, profana e intelectual del siglo XVIII. Por tanto, las razones políticas e ideológicas del extrañamiento visto desde dentro, las actividades culturales de los jesuitas en el destierro y el sentimiento ocasionado por la expulsión se reflejan en los escritos de los ignacianos en el exilio, tratados de manera precisa por varios investigadores participantes en esta obra. María Susana Cipolletti valora los aportes jesuíticos al conocimiento del medio ambiente, la etnografía y la historia en tierras americanas en «Fruto de la melancolía, restos del naufragio: el Alto Amazonas en los escritos de los jesuitas expulsos»; en ella, analiza las obras de cinco jesuitas europeos y un quiteño criollo que muestran una identidad social: un 'nosotros' utilizado por el quiteño y los 'otros', por los alemanes y españoles, en un particular proceso de alteridad. Markéta Křížova nos traslada a la frontera norte de la América, donde analiza las actividades de los misioneros en situaciones de complicado equilibrio entre las sublevaciones indígenas, los gobiernos militares y su labor evangélica en «En tiempo tan tempestuoso y turbulento para nosotros». Los misioneros jesuitas en la frontera septentrional de la Nueva España antes de la expulsión». Bruno Schlegelberger, en su estudio «Antonio Julián y su descripción de las culturas autóctonas», examina dos obras del jesuita que muestran una clara tendencia apoloética contra los detractores de España. Por su parte, Fernando Casanueva, en «Felipe Gómez Vidaurre: un jesuita expulsado, chileno y patriota» presenta la obra de este religioso que pertenece a la corriente criolla, cuyo propósito es deshacer «los malos entendidos respecto a su patria y terminar con los errores que los pretendidos sabios europeos han desfigurado la real fisonomía de Chile».

Otros investigadores resaltan la aportación de los jesuitas al conocimiento artístico europeo como David T. Gies que, en «Unas cartas desconocidas de Juan Clímaco de Salazar a Juan Pablo Forner sobre la tragedia de Mardoqueo», analiza la función de diez

cartas que dejan ver la preocupación del desterrado Salazar y los pasos que se dieron entre la creación de su obra y su deseo de publicarla en Madrid. Por su parte, Helmut C. Jacobs en «Antonio Eximeno y Pujades (1729-1808) y su novela *Don Lazarillo Vizcardi* en el contexto de sus teorías musicales», nos introduce en la reflexión estética centrada en dos categorías: la concepción de belleza y su teoría del buen gusto; sus teorías, dice Helmut, «muestran tendencias conservadoras al mismo tiempo que cualidades innovadoras». Víctor Rondón, por su parte, en «Música y evangelización en el cancionero *Chilidúgü* (1777) del padre Havestadt, misionero jesuita de la Araucanía durante el siglo XVIII» permite penetrar en el espacio misional, étnico y musical del pueblo mapuche, en donde el interés musicológico de la obra, dice Rendón, para unos «es filológica y para otros teológica»; de cualquier manera los propósitos del jesuita, declara el autor, lo hizo «para que le sirviese de red, para coger por medio de ella, las almas». Simona Binková analiza en «Las obras pictóricas de los PP. Florián Paucke e Ignacio Tirsch. Intento de una comparación» los trabajos de estos misioneros, uno establecido en la región de Paraguay y el otro en las misiones de Baja California. En ellos observa Binková muchas coincidencias en la variedad de plantas y animales que presentan, la descripción de los indígenas en su forma gentil o bárbara con inclusión de españoles peninsulares, criollos y, en el caso de Tirsch, de negros; al respecto, Binková formula una pregunta: ¿fueron los dibujos hechos en América o en Europa?

Sobresale en esta obra el artículo de Rolf Reichardt «L'imaginaire social des jésuites bannis et expulsés (1758-1773): Aux origines de la polarisation idéologique entre lumières et anti-lumières» al analizar las imágenes satíricas acompañadas de versos que la prensa francesa se ocupó de difundir sobre el asunto jesuítico, tanto del edicto de Carlos III como del destierro de los jesuitas de España y sus dominios. Estas imágenes merecen, la atención y la observación detallada, porque pueden convertirse en punto de partida para nuevos estudios. Los panfletos, canciones y artículos de prensa correspondientes al acontecimiento se convierten en las fuentes principales de la investigación.

Otra investigación recoge las notas, artículos y noticias de la prensa ilustrada, como nuevo género de expresión para recuperar la imagen de los jesuitas en la polémica europea, como es el trabajo de Mariano Rodríguez y Cristian Velasco que analizan, en «Los caminos de Dios son caminos de misterio (o como o por qué ciertos autores se introducen en la naciente prensa ilustrada recuperó a los jesuitas en la polémica europea del aporte cultural español)», la naciente opinión pública y las informaciones periodísticas dentro y fuera de los dominios de Carlos III.

Sobre la vida de los jesuitas después del exilio escriben Jesús Pradells Nadal e Inmaculada Fernández Arrillaga en «El regreso del exilio: la imagen de España en el *Diario* del P. Luengo (1798-1801)». Los autores resaltan la reflexión del P. Luengo sobre los cambios sufridos en el paisaje y la sociedad española en tres décadas. Mientras tanto, Bad'ura Bohumil basa su investigación en una serie de cartas diplomáticas que tratan sobre las gestiones realizadas por el gobierno austriaco para la liberación de los misioneros jesuitas en su ponencia «El caso de algunos misioneros jesuitas austriacos: las gestiones para su liberación. Por último, Manfred Tietz, en *Las Reflexiones imparciales* de Juan Nuix y Perpiñá (1740-1783): el 'saber americanista' de los jesuitas y las 'trampas de la fe'» analiza los textos del P. Nuix, donde refuta a los americanistas más destacados de la época: Robertson, Paw y Raynal, los cuales ofrecen juicios distorsionados sobre la conquista de América. En opinión de Tietz, presentan una visión heroica del descubrimiento,

la conquista y el colonialismo español, cuya única finalidad fue la evangelización y aculturación de los indígenas; se trata, según Tietz, de una obra apologética que aspira, por la vía de la adulación, a la exculpación de los jesuitas.

En síntesis, el exilio fue una realidad que marginó a un buen número de sujetos preparados y bien informados en el último tercio del siglo XVIII, que produjo un nuevo desarrollo intelectual pero, sobre todo, que ocasionó un cambio de mentalidad dentro del grupo. Por estas razones, los trabajos aquí presentados ofrecen elementos para emprender nuevas investigaciones y para conocer las contribuciones de los jesuitas expulsos a la cultura y a la ciencia europea del Siglo de las Luces.

Irma Leticia MAGALLANES CASTAÑEDA
Universidad de Sevilla

TOMICHÁ CHARUPÁ, Roberto, *La primera evangelización en las reducciones de Chiquitos, Bolivia (1690-1767). Protagonistas y metodología misional*, Cochabamba, Editorial Verbo Divino, Ordo Fratrum Minorum Conv., Universidad Católica Boliviana, 2002, 740 pp.

He aquí una monografía que sólo con hojearla llama poderosa y agradablemente la atención por varios y desusados motivos.

El primero de ellos lo constituyen los dos apellidos del autor, los cuales evidencian (aunque luego él mismo lo ratifique) que se trata de un indígena hispanoamericano, circunstancia más bien rara, por no decir casi única, en la historia de América, tanto en la profana como en la religiosa y más concretamente en la misional.

El segundo es incluso más inédito que éste acabado de indicar, toda vez que este indígena no es solamente hispanoamericano sino concretamente boliviano, es decir, natural del territorio en el que se desarrollan los hechos que relata.

Para colmo de circunstancias anómalas, la tercera aun llega más lejos, pues resulta que el autor es descendiente directo de los indígenas cuya evangelización estudia, es decir, la de los que en España (como también lo hace a veces el autor) denominamos chiquitos y en Bolivia chiquitanos.

Una cuarta circunstancia sorprendente es la de que, si bien los evangelizadores objeto del estudio fueron los jesuitas, él es un franciscano perteneciente a la minoritaria rama de los conventuales.

Este conjunto de sorprendentes circunstancias merece tenerse en cuenta no tanto por lo que entrañan de curiosidad, con ser ésta mucha, sino porque ayudan a explicar en gran parte el contenido de la monografía y más concretamente el profundo conocimiento que su autor posee sobre el territorio objeto de la misma, sobre las características de los indígenas evangelizados durante la etapa jesuítica (1690-1767) y sobre las fuentes históricas bolivianas.

Como se indica en su título, la obra se centra en los protagonistas de la evangelización y en la metodología misional.

Entre los primeros, el autor estudia por separado a los evangelizadores y a los evangelizados.

En el estudio de los jesuitas analiza pormenorizadamente todos los aspectos de su adscripción voluntaria a la evangelización boliviana, su número, el tema de la idoneidad y hasta el de sus actividades económicas, mientras que el análisis de los evangelizados (a veces, convertidos también en evangelizadores) está integrado por nada menos que 180 páginas consagradas a estudiar magistralmente a sus propios antepasados desde el punto de vista étnico y cultural.

La sección dedicada a la metodología misional, más amplia que la anterior, se inicia con un total de veintisiete consideraciones tan poco corrientes como el estudio de los «condicionamientos» ambientales, culturales, sociales y personales que influyeron, positiva o negativamente, en la evangelización.

Acto seguido analiza los diversos métodos misionales puestos en práctica por los jesuitas, estructurados en métodos de preparación, de difusión, de persuasión (de autoridad, verticales y capilares) y de catequización.

La obra se cierra con un estudio dedicado a exponer los frutos cosechados con esta metodología misional, entre los que destaca la participación de los chiquitos en la evangelización y el estudio del cristianismo de los nuevos convertidos al que califica de «entidad cultural esencialmente cristiana», calificación que tal vez hubiera requerido una explicación más detallada por tratarse de un problema muy complejo que no se planteó solamente en Bolivia.

Al texto, elaborado sobre un impresionante soporte bibliográfico, acompañan siete mapas y una exhaustiva lista de fuentes impresas y manuscritas, estas últimas consultadas en varios archivos de Bolivia, Buenos Aires, España y Roma, ciudad esta última que alberga el riquísimo Archivo Romano de la Compañía de Jesús.

Si el autor no lo descubriera, el carácter magistral de la monografía, la cual se presenta como una obra perfectamente acabada, nos permitiría sospechar que se trata de un tesis doctoral presentada en la facultad de Misionología de la Universidad Gregoriana de Roma y dirigida por los eminentes misionólogos jesuitas Jesús López Gay y Alberto Gutiérrez.

Pedro BORGES
Universidad Complutense de Madrid

PERÍODO CONTEMPORÁNEO

SIGLO XIX

DATHE, Wilfried y Rosa María GONZÁLEZ, *Johann Christoph Gundlach (1810-1896). Un naturalista en Cuba. Naturforscher auf Kuba*, Marburg an der Lahn, Basilliken Presse, 2002, 245 pp.

Que la cuestión de la fama es algo aleatorio no cabe duda. Pero no son a veces tanto los factores casuales, como los divulgativos los que influyen para que una figura sea famosa. Este pudiera ser el caso del naturalista alemán Johann Christoph Gundlach, o como él solía firmar, castellanizando su nombre, Juan Cristóbal Gundlach (1810-1896). Hombre y científico modesto, su forma de vivir no contribuyó a darle un brillo excesivo, pero tampoco esto quiere decir que permaneciera en la oscuridad, ya que viajó por algunos países (Francia, Puerto Rico, Alemania), representando a la ciencia cubano española, perteneció a diversas sociedades y academias y sostuvo relaciones científicas con distintos intelectuales de su época. Taxidermista desde su adolescencia —arte que aprendió con su hermano Enrique, en ese entonces estudiante y luego doctor en medicina, Gundlach se interesó por las ciencias naturales abandonando la carrera de teología para la que no sentía vocación. Como taxidermista y colector se distinguió pronto, especialmente en ornitología. Una vez graduado de sus estudios universitarios, la Sociedad de Historia Natural de Francfort, le ofreció costear su viaje y estancia, a cambio de que Gundlach colectase y enviase especímenes a esta institución. El viaje de tres años, proyectado para Surinam donde estaban dos amigos suyos, tuvo un casual desvío, al ser invitado Gundlach, junto con otros dos naturalistas alemanes Pfeiffer y Otto, por el cubano Carlos Booth para que visitasen sus cafetales en la provincia de Matanzas, en Cuba. Gundlach llegó a la isla a finales de enero de 1839 y allí se quedó, al saber la posterior muerte del amigo que le aguardaba en Surinam. Y en Cuba falleció tras una larga y fructífera vida en favor de la ciencia.

Estos y otros muchos detalles acerca de la vida de este naturalista se recogen en la obra de Dathe y González desde diversos ángulos, que se observan en la propia estructura del libro que consta de: una introducción (en español y alemán) donde se narran aspectos biográficos de este científico; la autobiografía facsimilar de Gundlach con pertinentes anotaciones (en ambos idiomas) y grabados; nuevos documentos y comentarios acerca de las exploraciones de Gundlach a Puerto Rico, destacándose las labores y relaciones que allí llevó a cabo, notas y resumen en ambas lenguas, trabajo realizado por Rosa M. González. A continuación le sigue un trabajo de Dathe y Piechocki que trata de la dedicación de Gundlach a la ciencia, también en ambas lenguas. La segunda mitad del libro se refiere fundamentalmente a los estudios realizados —por diversos autores— sobre las colecciones de este naturalista alemán: ornitológicas, herpetológicas, malacológicas, a su propio museo y a las observaciones botánicas que hizo, concluyendo con una descripción (preparación, elaboración y emisión que realizó el Gobierno cubano, en homenaje a Gundlach) de estampas postales y sellos de correo, y por último una cronología de su vida.

El estilo es, en general, ameno tratándose de una obra de carácter científico. Con una buena impresión, está enriquecida con muchas y excelentes fotografías y grabados que recogen aspectos diversos de la vida y obra de Gundlach y de los lugares donde éstos se desarrollaron, pero también de algunos ejemplares de sus colecciones, incluidos en impresiones filatélicas, etc. Lástima que no hubiese tenido una portada de tapa dura, pero ¿es esto pedir demasiado? No demerita, de todos modos, la importancia de este estudio que viene a completar otros anteriores —entre ellos los *Apuntes biográficos de Juan Cristóbal Gundlach*, publicados por González en 1990, los trabajos de Dathe y de Rudolf Piechocki— sobre el naturalista cubano alemán, que supo combinar siempre las delicias de una vida bucólica —aunque muy modesta— con un ininterrumpido interés por la investigación de la naturaleza.

Armando GARCÍA GONZÁLEZ
Ex-investigador Academia de Ciencias de Cuba

GARCÍA-MONTÓN, Isabel, *Viaje a la modernidad: la visión de los Estados Unidos en la España finisecular*, Madrid, Editorial Verbum, 2002, 253 pp.

La ciencia histórica ha tenido siempre una relación estrecha y cordial con la llamada «literatura de viaje» o «literatura de viajeros». Las impresiones escritas que han dejado a la posteridad estos observadores itinerantes en sus encuentros con tierras y culturas alejadas de la propia, han actuado a lo largo de siglos como fuentes de información rica, variada, útil, sorprendente a veces, casi siempre amena, sugerente incluso en sus silencios, ambigüedades o exageraciones. Más aún, los relatos de viaje tienen la ventaja, para el investigador que los analiza, de permitirle colocarse a uno y otro lado del espejo, porque aportan conocimientos y perspectivas no sólo sobre aquello que describen (el medio o los sujetos observados), sino también sobre *quién* describe y *desde dónde* lo hace (el propio observador y el contexto del que proviene). Y sin duda, uno de los desafíos más interesantes para el historiador que maneja este tipo de fuentes es, precisamente, separar la paja del trigo, así como encontrar las articulaciones del texto y el contexto, del significado y el significant.

Muy poco de todo lo anterior encontrará el lector en el libro que se reseña, que parte incluso de una presentación equívoca: lo que parece el nombre de un autor y el título de una monografía (dada la ausencia de un término que anuncie el tipo de contenido, como por ejemplo «*compiladora*»), es en cambio la reunión de algunos fragmentos de textos escritos por viajeros españoles en los Estados Unidos, extraídos de catorce libros publicados en un largo período que va desde 1876 a 1949. Sus autores: escritores y periodistas (algunos conocidos, otros menos), diplomáticos, profesionales y hasta una princesa de la casa de Borbón.

La selección en sí tiene su interés, como ocurre siempre que se rescatan títulos y/o autores que a veces el tiempo ha relegado al olvido, pero acusa ciertos problemas formales y de fondo. Me limitaré a mencionar unas pocas cuestiones que me parecen determinantes a la hora de evaluar el resultado final del trabajo. En primer lugar, los propios fragmentos son, valga la redundancia, excesivamente fragmentarios. Los hay de una página y media, y también los hay de siete renglones e incluso de cuatro. Poco se puede

extraer de un fraccionamiento tal, más allá de lugares comunes con un fuerte aroma a *déjà vu*: apreciaciones más o menos racistas ante la variedad fenotípica, expresiones de admiración por los avances tecnológicos, sorpresa ante la diversidad de cultos, etc. Y poco ayuda su encuadramiento en catorce epígrafes (minorías étnico-culturales, medios de comunicación, publicidad, industria, transportes, etc.), ya que el tratamiento que se ha elegido (textos escasos, breves y con grandes saltos temporales entre uno y otro), sólo acentúa el aislamiento de los relatos con respecto a todo contexto o visión procesual. Por ejemplo, bajo el epígrafe «minorías étnico-culturales» se suceden cuatro (breves) textos de 1885, 1905, 1912 y 1942 (negros), para pasar a —en este orden— 1885, 1885, 1885 y 1877 (asiáticos), y finalmente 1885, 1885, 1894 y 1942 (indios).

En segundo lugar, el lector no debe esperar suplir las carencias antes mencionadas con el estudio introductorio, pues la información que en él se aporta es breve y algo simplista, cuando no confusa. El principal problema, desde mi punto de vista, es que elude las explicaciones procesuales (parece que da lo mismo que las referencias sean de 1895, de 1919 o de 1942) y tiende a hacerse eco, acriticamente, de lo que dicen los propios textos. En algunos aspectos los vacíos explicativos son sorprendentes, especialmente en temas que se han caracterizado en las últimas décadas por amplísimos debates historiográficos. Como ejemplo, y por seguir con el mismo epígrafe antes citado, no se proporciona otro dato para contextualizar las jerarquizaciones raciales típicas del cambio de siglo que «erróneas lecturas de la Biblia» por parte de los blancos protestantes. A ello se suma la insuficiente información sobre los autores y sus circunstancias. El lector sólo dispone de unas breves notas biográficas al final del libro, en tanto que las escasas referencias en el estudio introductorio a la España de la época —o de las épocas, dado el período histórico que cubre, no precisamente homogéneo— suelen aparecer en la forma de contraposición entre una imagen luminosa de los Estados Unidos y la España más negra de los estereotipos (un ejemplo, que aparece vinculado al dato de que en 1928 se confirma en el país americano el derecho al voto de las mujeres: «La mujer norteamericana opina, tiene voz, trabaja fuera de casa, puede hablar, votar y hacer vida social, mientras que las españolas permanecían en silencio»).

Un efecto —seguramente no deseado— de esta forma de tratamiento de los temas, es que el estudio introductorio transmite a veces la sensación de que una serie de cambios históricos que están lejos de ser exclusivos de Estados Unidos (como la soberanía popular, la importancia de la prensa, la educación masiva, la revolución de los transportes, o incluso la cuadrícula urbana, típica como es bien sabido de la ciudad hispanoamericana y hasta castellanonueva) son «especificidades» de ese país.

Por último, no quiero dejar de rescatar la iniciativa de la autora en la recuperación de una parte de la memoria de viajeros españoles. Este tipo de trabajos es y debiera ser siempre bienvenido. Por eso mismo hubiera sido deseable una selección menos fragmentaria y un mayor alejamiento de los textos por parte de la autora, lo que posiblemente hubiera favorecido el esfuerzo de contextualización así como un análisis global más iluminador. Todo ello, en mi opinión, hubiera potenciado el interés del libro, convirtiéndolo en un útil instrumento no sólo para información de lectores no especializados, sino incluso como documentación aprovechable para investigadores atraídos por el tema.

Mónica QUIJADA
Intituto de Historia, CSIC

MITRE, Antonio, *El dilema del Centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano*, Santiago, Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia)-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Chile), 2002, 142 pp.

Nos encontramos sin duda ante una obra singular en muchos aspectos. El autor, de nacionalidad boliviana, se ha doctorado en Columbia, ejerce la docencia en la Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil), y la edición del libro se realiza en Chile con la participación del Instituto de Investigación Diego Barros Arana de ese país.

Además, se trata de la reunión de varios textos —artículos y conferencias— cuyo denominador común es que constituyen ensayos, distribuidos a su vez en dos temáticas: por una parte, el abordaje teórico de algunos de los problemas, fundamentalmente filosóficos, que atraviesan la disciplina; por otra, el estudio de la producción más significativa de cuatro pensadores latinoamericanos —Domingo Faustino Sarmiento, José Enrique Rodó, Alcides Arguedas y Edmundo O’Gorman— a partir de la idea explícita de reivindicar sus aportaciones en el tema de la identidad cultural, «vista sobre el trasfondo del conflicto entre tradición y modernidad» (p. 8). Sin embargo, los textos de una y otra temática se han intercalado, en la medida en que, de acuerdo a la visión del autor «la lectura previa de un texto teórico contribuye a esclarecer el punto de vista desde el cual se interpretan y analizan las ideas de un determinado pensador» (idem).

Como no puede ser de otra manera tratándose de materiales de origen diferente, separados en el tiempo y escritos en circunstancias variadas, el resultado es una obra desigual. Creemos que no corresponde realizar aquí un análisis pormenorizado de cada uno de los textos, el que en algunos casos ocuparía un espacio considerable, pero sí destacar ciertas cuestiones que consideramos de importancia.

En primer término, vale la pena destacar el rescate de autores tal vez no olvidados pero sí relegados a la hora de estudiar algunas de las problemáticas vinculadas con la conformación de la identidad de América Latina. Se podrá coincidir o no con el particular análisis de Mitre de la obra «*Civilización o Barbarie*», de Domingo Faustino Sarmiento, con su peculiar abordaje del «*Ariel*», del uruguayo José Enrique Rodó, o con su polémica reivindicación del boliviano Alcides Arguedas —pensador original y desafiante en toda la línea—, pero lo cierto es que traerlos a la actualidad para intentar desvelar algunas de las claves de su obra constituye una tarea de agradecer, con más razón si las aportaciones están repletas de acotaciones agudas, aunque en algunos casos la sensación resultante es que el autor se quedó a mitad de camino en su análisis (ésta es mi opinión sobre todo en relación con su(s) texto(s) sobre *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*, del mexicano Edmundo O’Gorman).

De este grupo de trabajos, integrados por una preocupación común, me interesa rescatar la visión revisionista y novedosa que lanza sobre «*Ariel*», que tuvo como inmediato resultado en este recensionista la inmediata relectura de la obra, para compartir (o no) la idea central que atribuye a José Enrique Rodó: «que la modernización inevitable cuaje en los moldes de la tradición cultural del continente» (p. 99).

En segundo término, cabe reconocer la preocupación del autor por abordar temas espinosos con seriedad, introduciendo una mirada original y polémica; pienso sobre todo en el ensayo que abre el libro, *Historia: memoria y olvido*, elaborado a partir del conocido cuento «Funes, el Memorioso», de Jorge Luis Borges. Allí se percibe la dimensión de un pensador que nos invita con agudeza a abordar el estudio del pasado reivindicando «la dimensión conceptual o teórica de nuestra labor como refugio contra la pesadilla reflexiva de la conciencia postmoderna, la cual tiene, entre sus puntos programáticos, la trivialización del pasado» (p.

22). Considero que este texto constituye una breve pero sustanciosa aportación a una problemática en la que abundan las palabras y escasean sobremanera las ideas originales.

Finalmente, quiero hacer referencia especial al último trabajo del libro, *Economía y Política en la historiografía latinoamericana*. Es evidente que el tema de la historia económica latinoamericana le cae fuera de su campo de especialización; no domina la abundante bibliografía sobre el tema, y se nota. Faltan en su revisión referencias a la obra de autores de la importancia de Teotonio Dos Santos o Salomón Kalmanovitz, así como también algunas visiones alternativas. Además, su bagaje teórico ha sido tomado de la obra de Fernand Braudel, un autor por demás cuestionado en cuanto a su caracterización del capitalismo; en particular, su distinción entre economía de mercado y capitalismo podríamos decir que, por lo menos, peca de confusa. Si está claro que la existencia de intercambios comerciales es un rasgo de diferentes sistemas (¿modos de producción?) a lo largo de la historia, la definición de capitalismo como una «dinámica de acumulación predatoria, desarrollada a espaldas del mercado»(p. 136), deja en el aire todo el período de conformación del capitalismo en sus orígenes, en ese vasto y complejo proceso que se ha denominado «revolución industrial». Cabría preguntarse a esta altura del nuevo siglo: ¿por qué no valorizar adecuadamente la caracterización que del capitalismo hizo hace alrededor de un siglo y medio un señor llamado Carlos Marx, que se preocupó por destacar como elemento clave del mismo las llamadas «relaciones sociales de producción»? Si partimos de ese esquema creo que resulta más claro el proceso de tránsito hacia una nueva fase, la de tendencia a la concentración de capitales y a la formación de trusts.

Paremos aquí las críticas (que sin embargo pueden extenderse). A pesar de estas deficiencias, nos encontramos ante un texto que atina mucho más en la explicación de la situación actual de la economía latinoamericana que conocidos tratados repletos de estadísticas y escasos de ideas. Sostener, como hace Mitre, que una limitación importante de las corrientes historiográficas latinoamericanas dedicadas a la historia económica es «la ausencia de una perspectiva capaz de integrar en el análisis la dinámica de largo plazo del capitalismo como *sistema mundial*» (p.139), constituye, más allá de las cuestionables implicancias de la expresión *sistema mundial*, un acierto absolutamente indiscutible.

Y aún mas atinado es el comentario que aparece en el párrafo siguiente, que destaca «la poca sensibilidad demostrada [por los historiadores económicos. J.S.] en relación a la dimensión política» (Idem). Es difícil encontrar resumidas en tan pocas líneas las claves que han esterilizado la mayor parte de los esfuerzos explicativos de quienes han abordado el tema de la evolución histórica de la economía latinoamericana.

Puede resultar paradójico el hecho de elogiar calurosamente un trabajo del que sin embargo se formulan algunas críticas significativas; sin embargo, lo que se intenta destacar es de qué manera el abordaje de un analista agudo puede llegar a conclusiones inteligentes y acertadas pese a no disponer de la formación suficiente en un determinado tema.

Además, creo que el comentario finalmente sirve para resumir la opinión general respecto de la obra: estamos frente a un conjunto de trabajos que, más allá de su mayor o menor valor, marcan la presencia de un pensador estimable en cuestiones donde abunda la mediocridad o la aportación mínima, saludadas como un gran acontecimiento en la evolución de la disciplina.

Jorge SABORIDO
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Pampa

SIGLO XX

MARQUÉS DOLZ, M^a Antonia, *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920)*, La Habana, Editora Política, 2002, 320 pp. Cuadros, figuras, índice general, apéndice estadístico y documental y bibliografía.

Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920) es, para fortuna de todos los interesados en la Historia de Cuba y como dijera el Doctor Alejandro García Álvarez en su presentación en la Universidad de La Habana, una obra mayor sobre un tema menor, y para la adversidad de aquellos mismos, sobre todo, de los amigos, el libro postrero de una excelente profesional y mejor persona que nos ha dejado en plena juventud. Ojalá no siente un precedente esta licencia que me tomo de dedicarle la reseña de su propio libro a María Antonia Marqués Dolz y también a su familia, especialmente a su madre, María Antonia Dolz —en este caso debido a su intensa contribución y asistencia en la documentación del trabajo—, y de decir con ella que su estudio es un magnífico legado a las Ciencias Sociales y a su país y el mejor antídoto contra el olvido.

Y es que *Las industrias menores* es de esa clase de libro que, tras publicarse, incluso antes, cuando fuera en origen una tesis doctoral, impregnan toda la historiografía: un referente imprescindible, y además pionero, para el estudio y conocimiento de los temas y el período que aborda; una cita ineludible en cualquier contribución posterior que los trate. De hecho, la Academia de Ciencias de Cuba y la Editora Política reconocieron tales méritos otorgando a la investigación en su primera versión su premio anual del año 2000.

María Antonia Marqués Dolz concibió y elaboró originalmente el libro como una tesis doctoral, *Empresas y empresarios en las entidades industriales menores de Cuba (1870-1920)*, desarrollada y leída en la Universidad Autónoma de Madrid en 1998, codirigida por la Doctora María Pilar Pérez Cantó, de dicha Universidad, y por el Doctor Óscar Zanetti Lecuona, del Instituto de Historia de Cuba (La Habana, Cuba), y gracias a una Beca de la Agencia Española de Cooperación Internacional, que le permitió dejar por un tiempo sus tareas docentes en la Universidad de La Habana y dedicarse por completo a la investigación. Por esa razón la obra es, ante todo, el resultado de un esfuerzo formativo brillantemente aprovechado. En España la autora completó sus conocimientos con la historiografía más reciente, sobre todo económica, acerca de la Gran Antilla, pero también de otros países de América Latina, y de las teorías y métodos de trabajo clásicos y actuales aplicados al tema. El fruto es un estudio bien concebido y acabado, multidisciplinar y comparativo, como sin duda no hay otro en la Historia de la isla escrita por cubanos.

La primera característica destacable del libro es que desde la introducción, los problemas de la industria en Cuba son abordados desde una perspectiva comparada, latinoamericana fundamentalmente, rara avis en una historiografía que si se ha distinguido por algo es por tratar los problemas desde un ángulo excesivamente nacional, con los errores que ello conlleva: la estrechez de miras, la consideración de determinados aspectos como

algo propio de la isla y, por tanto, que debe explicarse con claves internas, cuando se trató más bien de fenómenos que al mismo tiempo estaban sucediendo en otras partes.

El proceso de industrialización cubano a finales del siglo XIX y principios del XX, con los rasgos y límites que explica la autora, se produjo al mismo tiempo que en otros países de América Latina, provocado e incentivado, igual que en tales países, por los efectos multiplicadores del sector externo, de las actividades exportadoras y la urbanización unida a ellas, que requirieron satisfacer necesidades productivas y de la población de las ciudades o las plantaciones de azúcar y de otros cultivos tropicales con productos que por su escaso precio, gran volumen, rápido deterioro, especificidad, urgencia o facilidad de elaboración no era posible y/o rentable importar.

En el contexto descrito anteriormente, en la segunda mitad del siglo XIX se fue formando en Cuba un tejido productivo caracterizado por su complementariedad con las actividades exportadoras, que además de requerir su oferta aportaron en muchas ocasiones el capital necesario para la apertura o modernización de determinadas fábricas, proceso que María Antonia Marqués Dolz explica atendiendo a la citada necesidad de su producción, a su rentabilidad en ese sentido, incluso a su competitividad en el caso de determinados sectores, pero también, y en relación con ello, a la búsqueda de opciones de inversión que permitiesen colocar beneficios excedentes, incluso diversificar los riesgos.

Otro rasgo importante de las llamadas industrias menores cubanas fue su necesidad de compartir el mercado, incluso de competir con desventaja en él con las importaciones procedentes de la metrópoli (España) en el siglo XIX y de los Estados Unidos en el XX, favorecidas en ambos casos por privilegios arancelarios. Hubo productos que por su citado escaso precio, gran volumen o carácter perecedero, no se vieron afectados por ese problema, y los que si lo padecieron contaron con la desventaja de carecer de una mínima protección inicial, pero también con la ventaja de ser competitivos internacionalmente hablando si su producción llegaba a consolidarse.

El apelativo menores aplicado al tipo de actividades industriales a las que se refiere el libro, tiene que ver con el carácter artesanal, poco tecnificado, intensivo en trabajo, necesitado de muy poco capital de la mayoría de ellas, no obstante hay también algunos ejemplos de lo contrario, pero además resulta de su comparación con las dedicadas a la exportación, que debido a la especialización productiva cubana, podían generar la mitad o más de la renta y ofrecer ocupación directa o indirecta a buena parte de la población. Nos referimos a los centrales azucareros, las fábricas de tabaco o a las compañías navieras y portuarias, ferroviarias y comerciales, entre otras, destinadas esencialmente a su servicio. La perspectiva compara usada por María Antonia Marqués Dolz es a la hora de analizar esas características particularmente relevante, pues si se cotejan dichas industrias y su ingreso con las de otros países latinoamericanos lo que se encuentran son rasgos muy parecidos, aunque en la isla la referida especialización alcanzó un grado y se mantuvo por un tiempo bastante mayor que otros lugares de la región.

Otros aciertos del libro son abordar el objeto de estudio con una perspectiva amplia, la única realmente esclarecedora del mismo si se tienen en consideración sus características mencionadas. Esto es, María Antonia Marqués Dolz analiza no sólo las actividades consideradas tradicionalmente como industriales, sino también todas aquéllas que realizaban algún tipo de transformación, por pequeña que fuese, o prestasen servicios de reparación y mantenimiento, muy importantes para el funcionamiento del engranaje agro-manufacturero destinado a la exportación. La suma de todas ellas, finalmente, arrojó unos

resultados en capital empleado, oferta laboral y valor añadido que destacó a lo largo del tiempo por su estabilidad; es decir, por generar un porcentaje de la renta agregada muy similar, en torno al 12-14 por ciento, en los años analizados examinados, lo que permite concluir que tales actividades estaban sólidamente establecidas en la economía insular por su complementariedad con el sector externo, aunque por la misma razón, sin grandes posibilidades de crecimiento. En otros países de América Latina se ha apreciado algo similar, pero en el período de entreguerras variaron las condiciones que incentivaban mantener la referida especialización y de dicha infraestructura fue suficiente para que emergiese un dinámico aparato productivo, cosa que no ocurrió en la Gran Antilla.

El carácter complementario con las actividades exportadoras y el problema del mercado compartido, vinculado con aquél, son las tesis centrales de *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920)*, en torno a las cuales elabora la autora su discurso histórico. Tras plantear en la «Introducción» los principales problemas abordados y también un adelanto de las conclusiones y la perspectiva multidisciplinar y comparada que se utiliza en toda la obra, el libro analiza en un primer capítulo «El crecimiento guiado por la exportación y la estructura industrial» (entre comillas los títulos literales), «El panorama industrial» y «su evolución», y «El sector primario exportador» y «sus eslabonamientos»; es decir, una especie de marco general para el segundo, «Las industrias menores y el mercado interno», en cuyos apartados se analizan los «Servicios públicos, infraestructura» y la «localización industrial» y la «Urbanización y [los] bienes de consumo: la oferta industrial interna».

Los dos primeros capítulos del libro de María Antonia Marqués Dolz, por lo tanto, se dedican al análisis del factor capital fundamentalmente y tanto desde el lado de la oferta como el de la demanda. El tercero, el cuarto y el quinto abundan en la perspectiva ofertista del problema, uniendo historia económica, empresarial y social: «Perfil socio-económico del empresariado insular», «La trayectoria empresarial» y «sus hitos», «Los hombres de empresa»: «comerciantes», «Empleados, operarios y técnicos» e «Inmigrantes, profesionales y políticos», y «La organización empresarial»: «De las formas tradicionales a la limitación del riesgo» y «Las formas modernas».

En el capítulo cuarto y con la misma perspectiva económica, empresarial y social, se examinan algunos casos representativos de industriales menores: «Los empresarios ante el mercado: estrategias competitivas y estudios de casos» y «Recursos y límites de la competencia»: «Los Herrera: del comercio a la industria», «Los Crusellas: la dispersión de riesgos», y «Los Cabrisas: una saga centenaria en el cuero». Estos análisis y el apéndice estadístico fueron los que más sufrieron con la conversión de la tesis doctoral en libro, aunque el esfuerzo de síntesis y brevedad realizado en la primera facilitaron su transformación. No obstante, para el lector interesado e insatisfecho es preciso mencionar aquí que la versión íntegra de la investigación se encuentra disponible en microfichas en la Universidad Autónoma de Madrid: *Empresas y empresarios en las entidades industriales menores de Cuba (1870-1920)* [Madrid, MUAM, 1998].

Un quinto capítulo subsana en parte la posible falta de representatividad de los casos elegidos y también profundiza en la importancia que los referidos fabricantes menores tuvieron en la sociedad y la política insular, analizando «La representación de los intereses empresariales», los «Comerciantes, industrias y navieros» «en el siglo XIX» y «en el siglo XX» y «Los fabricantes insulares» y «sus corporaciones». El libro culmina, finalmente, con un apartado de «Balance y saldo» en el que se exponen sus principales con-

clusiones, con un «Anexo» y una selecta «Bibliografía» en la que se distingue entre libros y folletos, artículos, documentos inéditos, documentos publicados, publicaciones periódicas y tesis inéditas.

Por la novedad del tema y su aportación a la historiografía parece oportuno un comentario del contenido del Apéndice. Un primer cuadro está dedicado a la ocupación de la población activa cubana por sectores y actividades en 1899 y 1919, y un segundo especifica los casos de algunos oficios industriales, incluyendo también la fecha de 1907, años en los que se levantaron censos en los tres casos y que son las principales fuentes de las dos estadísticas. La tercera tabla sintetiza y sistematiza la información de otro censo, pero en esta ocasión industrial, publicado en 1925, e incluye información sobre las fábricas, su capital y el valor de su producción estimados y el número de empleados, datos que se completan en la octava, en la que se cuantifican las sociedades del sector, anotando también su capital, distinguiendo entre las diversas provincias de la isla y el carácter unipersonal, colectivo, comanditario o anónimo de las mismas.

Los cuadros 4, 5, 6 y 7 ofrecen información sobre las importaciones cubanas de algunos artículos, especialmente de los que competían con la producción interna, en valor y volumen, para los años 1894, 1909-1910 y 1923, así como de las exportaciones. El patrimonio de la Viuda de Ramón Herrera Gutiérrez, la relación de bienes de José Crusellas Faura y de Antonio Cabrisas Abásolo son los contenidos de las tablas 9, 10 y 11; la 12 reproduce la relación de socios de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de La Habana, Sección Industrial en 1893; la 13 y la 14 enumeran los miembros del Centro de Comerciantes e Industriales de la Isla de Cuba, Sección Industria, anotando el tipo de negocio al que se dedicaban y en qué ciudad estaba localizada su sede en 1905 y 1920, y la 15 ofrece idéntica información, también para 1905, respecto a los fundadores del Centro Nacional de Fomento Fabril e Industrial de Cuba.

Aunque la recopilación, sistematización y análisis de la información referida son sin duda materia suficiente para un libro, más si se trata de un aspecto poco o nada estudiado, como es el caso, la obra de María Antonia Marqués Dolz no se limita a tales datos. La autora plantea explícitamente la debilidad de dicha información para tener un perfil suficientemente preciso del tema estudiado y su evolución. Las fuentes disponibles, sin embargo, no permiten una cuantificación lo bastante consistente, seriada, homogénea y uniforme para que su reconstrucción y examen permitan alcanzar dicho objetivo. Debido a este problema la autora utiliza un método bien pensado y refinado que facilita hasta donde es razonablemente posible suplir tales carencias.

Por el estudio de María Antonia Marqués Dolz, que trabajó en todas las instituciones —archivos, bibliotecas y hemerotecas— en Cuba y España donde puede haber información abundante para el estudio de las industrias menores insulares, sabemos que seguramente no será posible hallar en el futuro material más completo con que abordarlo —aunque si se beneficiaría el tema si un historiador se animara a completarlas en el futuro con el disponible en los Estados Unidos, Gran Bretaña, otros países europeos, en algunos archivos privados y, tal vez, en los provinciales de la Gran Antillas—. Hay que tener en cuenta que el tipo de actividades que se analizan, vinculadas al mercado interno, a veces local, con escasos o poco refinados instrumentos de cálculo, dejaron muy pocos registros para el historiador. Esa razón y su pequeñez frente a la grandiosidad de los ingenios azucareros son, sin duda, la explicación de por qué nadie las había examinado globalmente y en profundidad hasta ahora, un elogio más en el haber de la autora.

Ya que no dispone de una documentación que por sí sola permitiese abarcar el tema tal y como pretendía abordarlo, sobre todo de registros y censos suficientemente completos —los que hay son parciales y cuestionables— y sistemáticos, lo que hace María Antonia Marqués Dolz fue acercarse al mismo desde los distintos ángulos que permiten los datos —estadística, prensa escrita, publicidad, registros mercantiles y legales, asociaciones de productores, censos de población— e ir extrayendo de ellos conclusiones comunes por coincidencia y contraste, metodología sugerente y que, desde luego, lograr satisfacer el mencionado propósito y resulta convincente en sus resultados para el especialista y el lector meramente interesado.

En síntesis, el libro de María Antonia Marqués Dolz es una obra novedosa, brillantemente concebida en sus circunstancias, bien elaborada y escrita, rigurosa y metodológicamente refinada. Seguramente caben otros tratamientos del problema abordado, sobre todo desde una perspectiva económica y estadística, desde el lado de la demanda o más centrada en el mercado de trabajo, por ejemplo, pero sus resultados si llegan a realizarse —ojalá sea así— podrán ser igual de buenos, pero difícilmente mejores y, sin duda, partícipes y deudores de las tesis centrales a las que ha llegado la autora, teniendo en cuenta, sobre todo, que como primera contribución al problema es una opción mucho más adecuada e ilustrativa que las anteriores, las cuales se beneficiarían, además, de su existencia. *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920)* es, pues, un ejemplo de cómo hacer bien historia y una impagable aportación al conocimiento del pasado cubano y latinoamericano en general; una obra perdurable cuya proyección lamentamos no pueda disfrutar su mentora y quien le dedicó tanto esfuerzo.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

MORALES ANAO, César, *Las Cordilleras del Perú*, Lima, Banco Central de Reserva del Perú, 2001, 201pp. Fotografía, cuadros, apéndices, mapas, notas, bibliografía.

En 1998 la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró el 2002 como el Año Internacional de las Montañas. Estas montañas se extienden por todo el globo y cobijan a millones de personas que las habitan. Al mismo tiempo contienen una cantidad importante de recursos naturales en ecosistemas frágiles que exigen cada vez más un manejo sustentable que permita el desarrollo de éstos y evite desastres naturales. Las montañas de la sierra peruana están dentro de las más diversas ecológica y culturalmente. Además de haber cobijado varias culturas por más de 10.000 años, Perú posee las cimas congeladas más altas del área tropical. Por varios siglos, gente de todo el mundo las ha visitado para escalarlas, estudiarlas y admirarlas. Pero después de la Pequeña Edad del Hielo (un período frío transcurrido aproximadamente entre 1350 y 1850), el calentamiento global de la tierra, que continúa hoy día, desencadenó un proceso significativo de desglaciación en Perú. En su fascinante libro, *Las Cordilleras del Perú*, César Morales Arnao presenta al lector diversos temas como: la herencia nacional de las cordilleras, la historia del escalamiento de las montañas, el potencial turístico de las mismas y los peligros que depara el retroceso glaciar.

Morales explora diversas zonas de Perú y proporciona una buena cantidad de fotografías, tablas, apéndices y mapas que fortalecen el interés en las montañas y la calidad del libro. Siete capítulos examinan diecinueve cordilleras distribuidas a lo largo de los departamentos de Ancash, Cusco, Arequipa, Lima, y de zonas como el Altiplano, la Costa y Perú central. A pesar de que cada capítulo identifica las características únicas de cada región, éstos generalmente cubren cuatro temas centrales. Primero, Morales se refiere a la ubicación, altitud, extensión y la cobertura de los glaciares en cada cordillera. Segundo, el autor provee una crónica de la historia del andinismo en cada región, describiendo ascensiones como la de Annie Peck en Huascarán Norte en 1908 y otros eventos notables como la «misa mas alta del mundo» (p.108) de 1900 en el Monte Misti (5825 m.s.n.m.). Tercero, Morales se refiere a las expediciones científicas y de investigación, incluidas la expedición Austro-Alemana a los glaciares de Cordillera Blanca en 1932, la expedición Peruano-Polaca de 1976 para analizar agentes contaminantes en la Cordillera Vilcanota, y las numerosas búsquedas para encontrar la fuente del río Amazonas en la Cordillera Raura. Cuarto, el autor destaca las atracciones turísticas cercanas a cada cordillera, incluyendo el Parque Nacional Manu, cerca de Cusco, el cañon del Colca, próximo a Arequipa y las cuevas gigantes en la Cordillera Huaytapallana.

Aparte de estos cuatro temas, Morales también destaca las cualidades únicas de cada cordillera. La Cordillera Blanca, por ejemplo, tiene su propia historia de aluviones que destruyeron Huaraz en 1941, Ranrahirca en 1962 y Yungay en 1970. Cusco y el altiplano tienen sus propios festivales, incluyendo el Qoyllur Riti en el Monte Ausangate y La Diablada, una danza que recorre desde Oruro, Bolivia, hasta Puno en Perú. Los glaciares son particularmente interesantes para Morales: en Arequipa riegan un ambiente desértico, pero en la Cordillera Barroso y el altiplano muchos glaciares han desaparecido. Ticlio, sobre Lima, es famosa por su ferrocarril, el más alto del mundo. A su vez, el Perú central posee la remota Cordillera oriental en el límite con la selva Amazónica y el lago Junín, el segundo mas grande de Perú.

Luego de describir éstas cordilleras nevadas, Morales deja espacio en el capítulo 7 para los cordones montañosos de la costa y la historia geológica de Perú. El capítulo siguiente explica los problemas glaciológicos recientes y proporciona un resumen de la información recopilada por varias agencias nacionales e internacionales entre 1945 y 1997. Según esta información los grandes glaciares se han derretido entre un 12 y un 20 por ciento y los pequeños entre un 30 y un 80 por ciento. Con esto, Morales sugiere que a pesar de que algunos investigadores han sobreestimado los niveles de desglaciación, no queda duda de que los glaciares han ido disminuyendo, especialmente desde 1980.

Las Cordilleras del Perú conseguirá la atención de una vasta audiencia por su prosa accesible. A pesar de que Morales dirige su libro a turistas y escaladores principalmente, el libro interesará a cualquiera preocupado por el montañismo, la historia, los cambios climáticos, la glaciología, el turismo y el paisaje peruano.

Morales actualiza y expande los alcances del libro *Cordillera Blanca (Perú)* de 1950, escrito por dos de los fundadores de la investigación glaciológica peruana, Hanz Kinzl y Erwin Schneider. Yendo mas allá de este trabajo y de otros que no examinan mas arriba de la puna, Morales ha recabado información acerca de todas las cordilleras importantes de Perú. Además, el autor se dedica a la discusión no sólo de la historia sino de problemas contemporáneos como el calentamiento global que causa la desglaciación y provoca aluviones una vez que los lagos glaciales fluyen. Morales también destaca la importancia

de los glaciares como generadores de agua, un recurso natural preciado que estimula el ecoturismo y otras empresas de carácter económico.

A pesar de que el libro contribuye en forma significativa al conocimiento general acerca de las cordilleras peruanas, los lectores concientes del carácter nocivo que el ecoturismo ha causado en comunidades locales seguramente discreparán con Morales, quien promueve el turismo sin vacilar y lo denomina como «la industria sin chimeneas» (p. 66). A otros lectores tal vez les llamará la atención la ausencia de residentes de las distintas localidades en las montañas. Con la excepción de los participantes de festivales en Qoyllur Riti, los danzantes del altiplano y los Incas o los miembros de la cultura Chavin, los residentes locales no son examinados y permanecen ausentes en este libro, dando con esto por entendido que las cordilleras son del dominio de científicos, escaladores y guías anónimos. Finalmente, los lectores interesados en explorar más acerca el tema, se verán frustrados al encontrar que hay muchas citas textuales sin referencia y las citas no contienen número de página.

Considerando el hecho de que Morales no dirige su trabajo a una audiencia académica, gente ligada al mundo académico así como el público en general verán que las fortalezas del libro eclipsan estas pequeñas críticas expresadas aquí. *Las Cordilleras del Perú* es un libro importante que destaca las bellezas del país, la importancia de sus glaciares y el potencial para el desarrollo del turismo. La lectura detenida del libro o la simple mirada a las fotografías que contiene imbuirán al lector con un mejor entendimiento de Perú.

Mark CAREY

Department of History, University of California, Davis

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel: *O inmigrante imaxinario: Estereotipos, representacions e identidades dos galegos na Argentina (1880-1940)*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2002, 348 pp.

¿Cuál es la imagen del inmigrante gallego en la sociedad argentina durante el período de la emigración trasatlántica masiva?, ¿qué estereotipos produce esa imagen en el discurso popular?, ¿qué contraimagen de sí mismos y de su país de origen tratan de reconstruir las elites del colectivo inmigrante gallego para anular esos estereotipos considerados humillantes?, ¿cómo se realiza ese proceso de invención de la identidad colectiva en el éxodo?, ¿quiénes son sus artífices y qué intereses les mueven?, y, finalmente, ¿cómo se realizó el proceso de inserción de ese colectivo inmigrante en la sociedad y cultura de acogida desde su propia identidad reinventada?, estas son las cuestiones que Xosé Manuel Núñez Seixas, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, y uno de los más cualificados y prolíficos especialistas sobre la inmigración gallega en América, trata de resolver en su última obra *O inmigrante imaxinario*.

El autor estructura su trabajo en cinco capítulos. Los dos primeros se centran en los juegos especulares de imágenes y estereotipos que se desarrollan entre la sociedad de acogida y la comunidad inmigrante. En el primer capítulo Núñez Seixas rastrea el desarrollo del estereotipo infravalorador del gallego desde el inicio del proceso emancipador,

a principios del siglo XIX, hasta mediados del siglo XX, sosteniendo que esa imagen negativa y prejuiciosa habría sido importada por los propios españoles desde la Península, que al iniciarse las luchas emancipadoras los criollos argentinos habrían aplicado metonímicamente a todos los metropolitanos con el fin de menospreciarlos y ridiculizarlos. Sin embargo, el autor afirma también que ese estereotipo, basado en la mezquindad, la astucia, la cazurrería y el incorrecto uso del castellano, no hubiera progresado si no hubiese poseído una «relativa verisimilitud social», ya que los gallegos, aunque minoritarios en la sociedad tardocolonial, eran numerosos en el gremio de los *pulperos* (tenderos), actividad laboral de gran visibilidad social, sobre todo entre las capas populares, con las que aquellos mantenían ambiguas relaciones de dependencia basadas en la venta al fiado y el préstamo. De esa imagen laboral nacería pues, según Núñez Seixas, el estereotipo tradicional del inmigrante gallego austral, la contraimagen del odiado funcionario y de la elite comercial metropolitanos; un hombre ignorante, bruto, avaro y sucio en mangas de camisa, con boina, delantal y alpargatas, que además chapurreaba un castellano trufado de galleguismos, caricatura de personaje popular que empezó a protagonizar la «chistografía» argentina a mediados del siglo XIX. A finales de ese siglo, en torno al 98, impulsado por el renovado antihispanismo y por la llegada masiva de nuevos inmigrantes gallegos, el estereotipo se reactivará, acoplándose perfectamente a la mayoritaria adscripción laboral de éstos a los oficios más humildes y de mayor visibilidad popular; almaceneros, dependientes, estibadores portuarios, porteros, serenos, cocheros y criados. Estas imágenes y discursos populares alimentarán la literatura argentina, tanto la «culta» como la popular, retroalimentándose a su vez de los estereotipos literarios recreados. Sin embargo, el *gayego* del sainete argentino resultaba ser un personaje ambiguo; un personaje ignorante, tosco y avaro, pero también honrado, infeliz, simpático y, por ello, próximo a los espectadores habituales de la comedia popular, con los que compartía el espacio habitacional urbano más popular, el *conventillo* o corrala de vecindad. Pero, a medida que fue aumentando la inmigración gallega, fue creciendo a su vez el protagonismo de la mujer en el colectivo en el éxodo, en su mayor parte sirvientas, de ahí que a principios del siglo XX naciese el estereotipo de la inmigrante gallega, la *mucama* de los chistes populares, de las tiras cómicas de los diarios, de las comedias y sainetes radiofónicos y del cine costumbrista argentino, donde las incultas, astutas y descaradas Ramonas, Manuelas, y finalmente la Cándida recreada por Nini Marshall, fueron las estrellas.

Estos estereotipos negativos y jocosos sobre el *gayego* porteño, aunque fueron asumidos y tolerados por una parte de los inmigrantes gallegos, fueron generalmente rechazados, según el autor, por las elites y por la prensa del colectivo, que contestaron con la construcción o invención de una autoimagen más positiva, tarea para la que tuvieron que acudir a la manipulación de la historia, atribuyendo orígenes galaicos a grandes personajes de la historia americana como el propio Colón en detrimento de su origen genovés defendido como su principal seña de identidad por la colectividad italiana austral, la más numerosa y con mayor poder económico de la Argentina, y por lo tanto la más inmediata contrincante del colectivo gallego en la carrera por alcanzar el máximo prestigio dentro de la sociedad de acogida. De este modo, en el tercer capítulo Núñez Seixas expone el proceso de reconstrucción de la propia identidad de los gallegos en el éxodo argentino. Este proceso de reinención de los gallegos, como afirma el autor, es llevado a cabo por las elites del propio colectivo inmigrante, ante el deterioro de la imagen de los gallegos producido en la sociedad de acogida, y en los demás colectivos inmigrantes, a partir de la llegada masiva a principios del siglo XX de nuevos inmigrantes de origen campesino con altos índices de analfabetismo, temerosas éstas que la pérdida de su prestigio ante las

demás elites del país pudiese frenar su propia movilidad social. De tal manera que para evitar tal temor emprenderán la tarea reconstrucción de un contraestereotipo, sustituyendo las cualidades negativas atribuidas a ellos por los demás colectivos por otras mucho más positivas, de modo que, como sostiene Núñez Seixas, «la supuesta ignorancia se convertía en discreta astucia o silenciosa prevención; la supuesta avaricia devenía labiosidad y espíritu de sacrificio; la supuesta ingenuidad se volvía en modestia; la supuesta mansedumbre se tornaba en cortesía campesina; el carácter testarudo devenía amor por la ley, lo justo y el orden necesario; la supuesta incapacidad para desempeñar trabajos cualificados se convertía en preferencia por el trabajo físico gracias a las especiales aptitudes *raciales* de los gallegos, pero no por ausencia de facultades intelectuales». Estas autoimágenes invertidas se complementarán con una estrategia de «vindicación permanente» de reconocidos personajes históricos de raigambre galaica, real o gratuitamente atribuida, con la que pretendían realzar la imagen de Galicia y de sus inmigrantes; personajes entre los que se encontraban conquistadores y evangelizadores indios como el almirante Pedro González de Mendoza y Fray Diego de Deza, padres de la patria argentina como San Martín, Bernardino Rivadavia y Juan Alsina, defensores históricos de la singularidad gallega como el mariscal hiriandino Pedro Pardo de Cela, ilustres marinos españoles como el almirante Méndez Núñez, héroe de la campaña del Pacífico, destacados políticos del momento como Canalejas, Eduardo Dato, González Besada, Bugallal o Basilio Álvarez, heroicos militares como los hermanos Franco o Millán Astray, sin ignorar a diputados y líderes obreros como Pablo Iglesias y Julián Besteiro; valiéndose, incluso la prensa conservadora de la colectividad, de un cierto «discurso étnico solidario» en el que se destacaba el papel protagonista de muchos trabajadores gallegos dentro del movimiento obrero argentino. Pero, el personaje histórico, sobre el que más tinta se empleó en esta carrera por la inversión del estereotipo tradicional del gallego fue el descubridor Colón, al que numerosos publicistas gallegos hicieron nacer en Pontevedra; campaña de imagen claramente dirigida, según Núñez, a despojar a la comunidad italiana de su primacía social y cultural en favor del colectivo gallego, que pretendía así autoerigirse en el principal paladín de la contracampaña de «rehispanización» de Argentina emprendida a partir del renacimiento del pensamiento y discurso «antihispánicos» surgidos en Argentina durante el conflicto finisecular hispano-cubano. Esta vindicación de la galleguidad de Colón se convirtió así, según el autor, en la bandera del colectivo gallego en su lucha por la conquista del aprecio simbólico de la sociedad argentina contra el competidor imaginario Ferabutti, personaje emblemático de la comunidad italiana austral.

En el cuarto capítulo Núñez Seixas analiza la utilización de la lengua vernácula dentro del colectivo inmigrante, llegando a la conclusión de que el gallego fue, al menos entre los inmigrantes de primera generación, el principal vehículo de comunicación en los espacios societarios, culturales y sobre todo en los lúdicos, recreados por éstos en el éxodo, y en los que el monolingüismo era posible sin grandes distinciones de escala social. Sin embargo, el autor sostiene también que el empleo del gallego en las publicaciones de la colectividad fue escaso y esporádico, reduciéndose en muchas ocasiones a una diglosia funcional en la que se trufaban los textos con algunas palabras o giros gallegos, siendo una rareza el empleo de la lengua vernácula en las asambleas y juntas societarias por parte de la elite dirigente. También analiza en este capítulo el discurso de los propios inmigrantes sobre su lengua nativa, basándose en una encuesta del *Correo de Galicia* de Buenos Aires realizada en 1932 en la que se solicitaba a sus lectores su opinión sobre la lengua gallega y su utilización personal. Los resultados no pudieron ser más desalentado-

res para los que defendían la lengua gallega como la principal seña de identidad regional o nacional, pues la gran mayoría resultó considerarla un simple dialecto, declarándose estrictamente gallegoparlantes tan solo un 6 por ciento, bilingües plenos un 21 por ciento, empleando confusamente el gallego y el castellano (diglosia) el 29 por ciento y utilizando solamente el castellano el 44 por ciento.

Finalmente, en el quinto capítulo, Núñez aborda, a mi entender, el tema más interesante de su ensayo, la recreación del espacio simbólico de sociabilidad de los inmigrantes en el éxodo, la fiesta, donde sus elites trataron de reconstruir sus señas de identidad y de recrear la nostalgia por su lugar natal. Las fiestas que analiza Núñez son eminentemente festivos realizados bajo techo, obviando sorprendentemente las populares romerías campestres que desde finales del siglo XIX los gallegos realizaban junto al Río de La Plata durante los veranos australes, centrándose en los festivales organizados por el Centro Gallego y los numerosos orfeones gallegos de Buenos Aires, en representaciones teatrales de carácter gallego y español y en las veladas conmemorativas y festivas de las numerosas microsociedades de adscripción comarcal y local que empezaron a proliferar a partir de la primera década del siglo. El autor hace una clara distinción entre las fiestas «de los inmigrantes de bien», caracterizadas por la etiqueta social y las manifestaciones de alta cultura, y las eminentemente populares, cuyos programas resultaban más modestos, la audiencia de clase más baja y el precio más económico. Las primeras eran organizadas por las grandes asociaciones mutualistas y culturales, convocando a la elite comunitaria, mientras que las últimas lo eran por las microsociedades de adscripción local, reuniendo a las capas más populares de la colectividad. Tanto unas como otras tenían como objetivos comunes el fortalecimiento de sus señas de identidad y la cohesión interna del grupo, así como la legitimación del papel director de sus elites en su proyecto de inserción en la clase dirigente de la sociedad de acogida, además de la recreación de un espacio social propio, objetivo este último que contrastaba con la búsqueda obsesiva de visibilidad ante la sociedad de acogida y los demás colectivos regionales españoles y el propósito de recrear una identidad simbólica de origen que buscaban principalmente las microsociedades gallegas de La Habana en su acción festiva. Núñez insiste en que el mestizaje y el sincretismo son la característica común de todos estos festejos comunitarios, en los que las tradicionales señas de identidad gallegas convivían en armonía con elementos culturales de carácter musical, literario y gastronómico argentinos, españoles e internacionales, en los que la gaita y la muiñeira confraternizaban armónicamente con la jota aragonesa, la copla andaluza, el chotis madrileño, el pasodoble español, el tango porteño, el vals vienés o los trepidantes ritmos y bailes norteamericanos de moda, y donde también los poemas y las piezas teatrales costumbristas en gallego se representaban junto a los sainetes porteños, madrileños y andaluces y la zarzuela española. Sin embargo, el autor sostiene que a pesar del sincretismo cultural progresivo que sufrieron estas fiestas a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, a partir de la década de los años veinte, debido al protagonismo ascendente del nacionalismo gallego entre las elites del colectivo, éstas se verán afectadas por un cierto proceso de «galleguización», que se evidencia en la elaboración de sus programas, en los que la participación de la música, la poesía y el teatro vernáculos aumentaron sensiblemente; proceso que en nuestra opinión contrasta con el fenómeno inverso que se produjo en las fiestas de la comunidad gallega de Cuba, donde se pasó de una eclosión de galleguismo en las dos primeras décadas del siglo a un «acriollamiento» y «españolización» progresivos a partir de la tercera década,

sobre todo a partir de la Ley de Nacionalización del Trabajo de 1933 y del cese consecutivo del flujo migratorio masivo a la isla.

Las conclusiones a las que llega Núñez Seixas podríamos resumirlas pues en las siguientes:

Ante la existencia de un estereotipo negativo del colectivo gallego en Argentina desde inicios del proceso emancipador, sus miembros se encontraron ante una doble alternativa: negar su identidad de origen, confundándose con la colectividad general española, o reafirmarse en ella tratando de inventar una nueva identidad positiva, acudiendo incluso a la manipulación de la historia y a la idealización de las señas de identidad originales. Las elites dirigentes del colectivo, como parte de la estrategia de afianzamiento de su liderazgo étnico y de ascenso social dentro de las elites del país de acogida, optaron por ésta última, arrastrando en su empresa a una gran parte importante de sus paisanos a los que consiguieron agrupar y hacer militar en las numerosas asociaciones culturales y mutuales de referencia regional, comarcal y local que aquellas organizaron y dirigieron a partir del último tercio del siglo XIX. Sin embargo, en ese proceso de recreación de su nueva identidad no estuvieron ausentes los elementos culturales españoles y argentinos, caracterizándose en definitiva la nueva identidad colectiva por una mezcla de señas de identidad territoriales jerarquizadas, ninguna de las cuales logró imponerse o excluir a las demás, aunque en cierto modo el proceso de «españolidad» superase al de la «galleguidad», ya que la gran mayoría de los inmigrantes pensaban que el primero les hacía más aceptables frente a la sociedad argentina.

A pesar de este proceso de creación de una autoimagen positiva, el prejuicio pervivirá en la sociedad de acogida, si bien éste nunca significó una barrera en el proceso de movilidad social y económica del inmigrante gallego. Por el contrario, en la sociedad austral el inmigrante gallego era resignadamente aceptado, no siendo tan «deseables», como los procedentes de la Europa septentrional, o los vascos y catalanes, pero tampoco tan «indeseables» como los procedentes de otros continentes e incluso de las regiones meridionales de Italia en algunos momentos históricos.

La identidad de origen de los inmigrantes gallegos era preferentemente de referencia comarcal o local, manifestada en las numerosas asociaciones de adscripción microsociales que a partir de la primera década del siglo XX comenzaron a proliferar. Por encima de esa identidad local estaban la identidad regional y la española, que en la mayoría de los casos no eran excluyentes, ya que para muchos «ser gallego era ser más español que nadie», sin embargo para una minoría radicalizada la estrategia emprendida para ser mejor aceptados por la sociedad de acogida fue aceptar plenamente la identidad gallega por encima de la española, pues, ¿cómo podían identificarse con una patria de la que muchos inmigrantes renegaban de los gallegos? Por supuesto que éstos últimos formaban parte de la elite dirigente del colectivo, periodistas, literatos y dirigentes de asociaciones, artífices del proceso de reconstrucción de la identidad gallega en el exilio, que siempre fueron minoría frente a la aplastante mayoría de los inmigrantes anónimos entre los que la identidad genéricamente española fue dominante.

Como conclusión el autor sostiene que en Buenos Aires, así como en Montevideo y La Habana existió desde el último tercio del siglo XIX hasta mediados del siglo XX una Galicia ideal mitificada por la nostalgia del expatriado, por el espejismo epistolar de los ausentes y por las epopeyas magnificadas de los relativamente numerosos casos de ascenso social.

Este ensayo sobre el inmigrante gallego imaginario en Argentina es un elaborado trabajo de investigación para cuya realización el profesor Núñez Seixas se ha basado en una

riquísima documentación compuesta fundamentalmente por la abundante prensa gallega de Buenos Aires, por obras literarias argentinas y gallegas publicadas y representadas en la capital austral, por los boletines del Centro Gallego, y por una numerosa y oportuna bibliografía sobre la inmigración gallega en el Mar del Plata, así como sobre el fenómeno de las identidades, los prejuicios y los estereotipos en las sociedades americanas de acogida de inmigrantes, principalmente en Argentina y los EE.UU. En suma, una obra imprescindible y muy recomendable para todo aquel que desee comprender los mecanismos de asunción, reconstrucción e invención de la identidad de los colectivos de inmigrantes gallegos en el éxodo trasatlántico durante los últimos dos siglos.

José Antonio VIDAL RODRÍGUEZ

RAPOPORT, Mario, y colaboradores, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 2000, 1148 pp.

Los avances de la historiografía argentina en los últimos años han sido importantes, tanto en la cantidad como en la calidad de los trabajos, en los que se advierte una creciente profesionalización. Con todo, la renovación lo ha sido menos de temas y problemas. Esta certidumbre es aún más elocuente si nos detenemos a observar el campo de la historia económica contemporánea. En este sentido, la línea de trabajo que en los últimos años suscitó mayor interés y una producción más vasta, ha sido la revalorización del período de la economía primaria exportadora y la consecuente crítica del modelo de sustitución de importaciones, iniciado después de 1930. Ello fue así porque, en esencia, la investigación en el área estuvo motivada por el siguiente interrogante: ¿por qué la temprana promesa de un crecimiento veloz en el cambio de siglo no se tradujo en un crecimiento sostenido en el largo plazo? Al parecer este disparador condicionó sobremanera la producción en la historiografía económica a tal punto que el estudio de los procesos económicos posteriores a 1930 y, en especial, aquellos que tuvieron lugar a la caída del peronismo resultaron escasamente analizados. Una vasta literatura adujo que el «mal» de la economía argentina se debía a las malas políticas económicas aplicadas, su elevado proteccionismo y el excesivo intervencionismo estatal¹. A estas explicaciones desusadamente simplistas se sumó una notoria escasez de trabajos históricos que abordaran los problemas económicos en el largo plazo, solo parcialmente cubierta por unos pocos estudios o por análisis provenientes desde el ámbito más estrictamente económico. En efecto, en los últimos años han visto la luz diversas obras generales o de síntesis de los principales problemas económicos de la Argentina en el siglo XX que pretenden construir una interpretación global del desarrollo económico argentino, con matices de enfoque importantes entre sí². Asimismo, es destacable que una

¹ Véase LEWIS, «Del crecimiento al retraso económico: una revisión de los recientes debates sobre la historia económica y social argentina», *Ciclos*, 18, 1999.

² Hasta el momento, los estudios generales más importantes eran los de A. FERRER, *La economía Argentina*, Buenos Aires, varias ediciones; G. DI TELLA y M. ZYMELMAN, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967; C. DÍAZ ALEJANDRO, *Ensayos sobre la histo-*

parte mayor de las contribuciones a la historia económica haya provenído de economistas, lo cual indudablemente imprimió características particulares a la producción historiográfica en este campo. Ciertamente, las muy diversas preocupaciones de quienes indagaron en el pasado durante las últimas décadas provocaron distintas búsquedas y vías de análisis de lo sucedido. Sin embargo, básicamente, la historiografía económica se centró en el estudio de problemas del pasado de forma tal que permitiera «rastrear» las posibilidades de resolver problemas presentes. La reinterpretación de nuestra historia económica con el fin de establecer las causas del no desarrollo de la economía argentina, señalando eventuales «desvíos», ha sido sin duda uno de los caminos más transitados, y a la vez, guía en la investigación.

El libro de Rapoport, escrito con la colaboración de Eduardo Madrid, Andrés Musacchio y Ricardo Vicente, aún cuando da respuesta a aquellos grandes interrogantes, escapa al brete reduccionista en el que ha caído la mayor parte de esa producción. Por un lado construye una interpretación histórica de largo plazo (desde fines del siglo XIX a nuestros días), un sendero tortuoso que hoy pocos se animan transitar. Pero por otro, y lo que es mucho más interesante, parte de la premisa de construir una «historia total», esto es, una interpretación integradora de los procesos económicos, sociales y políticos que no descuida las interrelaciones mutuas y aquellas que se establecen con los factores condicionantes externos. Es este, sin dudas, el gran mérito de la obra de Rapoport en tiempos en que la fragmentación de la «historia en migajas» prima por sobre los estudios globales en las ciencias sociales³. En función de ese objetivo el recorrido de la obra hace su «anclaje» en la frecuentemente maltratada historia económica que, al parecer, todavía brinda sugerentes respuestas a quienes pretenden bucear en ella para dar inicio a la explicación de los procesos sociales.

El detallado análisis de esos procesos le permite al autor descubrir el velo sobre ciertos «mitos» que con sobrada persistencia han predominado en la literatura argentina y extranjera. En particular aquel que hace hincapié en las bondades del modelo agroexportador, del venturoso crecimiento de la economía y de la ausencia de intervención del estado durante ese período, recogido acríticamente por buena parte de la literatura académica. Los capítulos 1 y 2 pasan revista a las potencialidades del desarrollo del modelo agroexportador, pero también a los profundos condicionantes que hicieron de ese esquema económico una experiencia «irrepetible». El capítulo 3 dedicado a la crisis mundial, la industrialización y la intervención del Estado entre 1930 y 1945 discute, por su parte, la quimérica interpretación de que la decadencia argentina esté vinculada a la intervención del estado en la economía. Allí el juego de interrelaciones expuesto da cuenta de los condicionantes externos y de la escasa autonomía de la política económica para hacerles

ria económica argentina, Buenos Aires, 1975; R. MALLON y J. SOURROUILLE, *La política económica en una Sociedad conflictiva. El caso argentino*, Buenos Aires, 1976; Paul LEWIS; *La crisis del capitalismo argentino*, Buenos Aires, 1993. Recientemente P. GERCHUNOFF y L. LLACH, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1998 y G. VITELLI, *Los dos siglos de la Argentina. Historia Económica comparada*, Buenos Aires, 1999.

³ Debiera recordarse aquí que el propio autor es economista y realizó su doctorado en historia bajo la dirección de Pierre Vilar. Asimismo, los colaboradores, pertenecen a distintas disciplinas de las ciencias sociales: A. Musacchio es economista, E. Madrid es historiador y R. Vicente es sociólogo, todos ellos especializados en historia económica.

frente. Es esa una razón fuerte por la que sectores políticos tradicionales pasaran a promover políticas cada vez más heterodoxas frente a las circunstancias que creaba la imposibilidad de mantener en funcionamiento el desgastado modelo agroexportador. Un corte político-social subordina luego a los elementos económicos: el capítulo 4 aborda la discutida experiencia de «Los gobiernos peronistas (1946-1955)». En este caso, los factores internos y externos se entrelazan de manera precisa para dar una explicación global del decenio peronista, un desafío difícil, prácticamente ausente en la literatura histórica. La abrumadora información presentada abre lugar a explicaciones diversas del proyecto económico impulsado por el peronismo. No obstante, Rapoport presenta un balance que lo aleja de las interpretaciones fuertemente subjetivizadas de los críticos liberales, sin dejar de señalar los límites concretos de la promoción de la industrialización durante esos años y los avances reales en ese campo.

En los dos capítulos siguientes, dedicados al período 1955 a 1976, la articulación de los factores políticos sociales y económicos subraya la gravedad de la crisis político-social como condicionante del proceso económico. En ese marco es examinado con detalle el ciclo de marchas y contramarchas en el que había caído la economía argentina, entendido como producto de las características del desarrollo que adquirió el país desde el afianzamiento del modelo de industrialización sustitutiva. Rapoport despliega con prosa transparente la estrategia «frondizista» (que había pretendido superar el dilema recurriendo masivamente a la inversión extranjera), las características, perspectivas y límites de las políticas económicas impulsadas por el gobierno de Illia; la más controvertida aplicada por Krieger Vasena y el «giro nacionalista» del gobierno de la Revolución Argentina. Finalmente, la traumática experiencia peronista de los años 70 también ocupa su atención, recogiendo las principales opiniones de los analistas contemporáneos. En el derrotero histórico de esa «sociedad conflictiva», Rapoport destaca cómo la política económica se encontraba obsesionada por lograr una mayor integración del sector manufacturero que permitiera aliviar la balanza de pagos y desvincular a la producción industrial del ciclo económico interno. Idea que avanzaría hasta la promoción no sólo de las inversiones industriales capaces de profundizar la sustitución de importaciones sino también de una sustitución relativa de exportaciones tradicionales por industriales. No obstante, también señala el autor cómo este tipo de políticas se enfrentaba a serias restricciones estructurales que hacían dificultosa su implementación.

Los capítulos 7 y 8, dedicados al último cuarto del siglo XX destacan el contexto internacional y los objetivos políticos de la última dictadura militar para avanzar luego en las razones internas y externas de los cambios económicos que indudablemente abren una nueva etapa en la sociedad argentina. En palabras de Rapoport, si bien la política económica de la dictadura había fallado en los objetivos declarados (el control de la inflación y el déficit fiscal), «se había logrado un éxito rotundo en los objetivos implícitos de transformar radical e irreversiblemente la dinámica económico-social, al sentarse las bases de un nuevo modo de acumulación basado en la reprimarización de la producción, la reinserción exportadora y el liderazgo de un reducido conjunto de grupos económicos» (p. 832). Por su parte, el endeudamiento externo y los condicionantes sociales y políticos de la gestión radical permiten comprender los límites para el control de una economía que finalmente caería en una puja distributiva fenomenal cuyo síntoma más trágico fue la hiperinflación. Por último, la política económica del gobierno menemista y las transformaciones «estructurales» sociales y productivas que tuvieron lugar en la década del no-

venta cierran el recorrido histórico. Con la comprobación de los límites de un «modelo económico que sólo crece con el endeudamiento externo» y de las graves consecuencias sociales de la política económica aplicada en los años noventa, Rapoport pone en tela de juicio varios de los supuestos de las ideas económicas prevaletentes, a esta altura convertidos en verdaderos dogmas que como «vidrios sucios» dificultan la observación de la realidad. Un último capítulo dedicado a la historia de la integración regional y de las relaciones entre Argentina y Brasil culmina con el análisis del Mercosur, un proceso abierto, lleno de asperezas y como tal incierto. En el tratamiento de los problemas más recientes de la sociedad argentina, la obra pierde en parte la visión del historiador para acentuar la del economista comprometido.

El resultado de este esfuerzo gigantesco, visto en su conjunto, es exitoso. Se trata de un ordenado desarrollo que incorpora para cada período el análisis del contexto internacional, de las relaciones internacionales, de los grupos sociales, de la política económica y sus resultados y de las transformaciones operadas en los distintos sectores sociales y productivos. A partir de este amplio abanico de factores, logra plantear acertadamente en qué medida las transformaciones responden a las distintas interrelaciones de las causas externas con los propios procesos económicos, políticos y sociales internos.

Es necesario alertar al lector. Una mirada desprevenida puede dar lugar a pensar que se está frente a un trabajo de síntesis. No obstante, la lectura cuidadosa revela que ello es sólo una verdad a medias, que rápidamente se tornaría falsa. La puesta a punto de los debates historiográficos, la recuperación de fuentes y la referencia a literatura nacional o extranjera poco difundida o de difícil acceso para la mayoría de los interesados en estos temas da cuenta de una obra que no sólo actualiza y condensa la información relevante que existe sobre el período, sino que además aporta «su» interpretación sobre el proceso histórico.

En un trabajo de las dimensiones de *Historia económica, política y social de la Argentina*, como en todo proyecto ambicioso, existe el lugar para el disenso. Las originales interpretaciones que brinda pueden ser a veces cuestionables (y es bueno que siempre sea así en la medida que abre la formulación de nuevos interrogantes para la investigación) pero se compensan sobradamente con el hecho de tener una visión global del proceso histórico. En suma, la obra de Rapoport se presenta como superadora no sólo porque en ella la «perspectiva histórica» cobra mayor significación que en otros trabajos, sino porque no se encuentra sesgada en su temática, aún cuando los aspectos económicos sean los más enfatizados. Los estudiantes de las distintas disciplinas sociales pueden buscar en este libro abundante información detallada y claridad conceptual sobre la historia argentina contemporánea. Para los estudiosos especializados, este trabajo constituye un marco de referencia obligado con muchas ideas y sugerencias para avanzar, con nuevos estímulos, sobre el conocimiento de una sociedad dolorosa, exitante y desafiante a la vez.

Marcelo ROUGIER
Instituto de Historia Económica y Social
de la Universidad de Buenos Aires